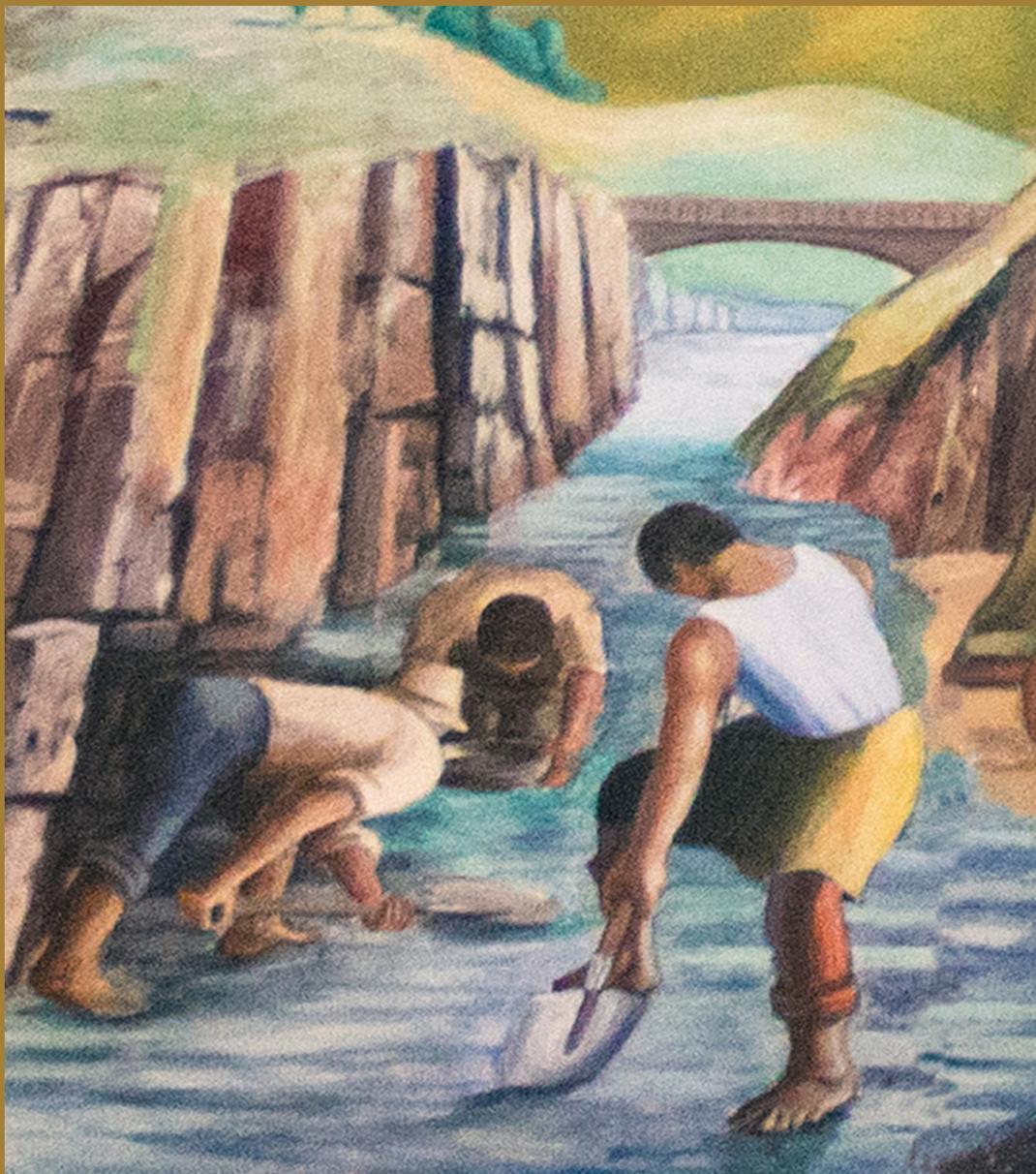


LUIS H. ESPINOZA OLIVARES



LA RUTA DEL ORO EN
LA ANTIGUA FRONTERA
DEL BIOBÍO

EDICIONES DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE CONCEPCIÓN

MMXVIII

LUIS H. ESPINOZA OLIVARES

Luis Espinoza Olivares es profesor de Estado en Historia y Geografía, investigador local y autor de varios libros y textos sobre la historia de Hualqui, tales como *Leyendas y Tradiciones de la República de Hualqui* (1995), *Rere*, *Antigua Grandeza* (1996) y *Hualqui: el misterio de los petroglifos del cerro de La Costilla, un patrimonio en peligro* (2017).

EDICIONES DEL
ARCHIVO HISTÓRICO DE CONCEPCIÓN

DIRECTOR

Armando Cartes Montory

CONSEJO ASESOR

Alejandra Brito Peña

Sergio Carrasco Delgado

Leonardo Mazzei de Grazia

Jorge Pinto Rodríguez

Alejandro Witker Velásquez

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Boris Márquez Ochoa



ARCHIVO
HISTÓRICO DE
CONCEPCIÓN

www.archivohistoricoconcepcion.cl

LUIS H. ESPINOZA OLIVARES

LA RUTA DEL ORO EN
LA ANTIGUA FRONTERA
DEL BIOBÍO

CONCEPCIÓN

2018

Portada: Detalle Mural de Rere de
Eugenio Brito (1981).

Premio especial mejores obras literarias -
Escrituras de la memoria 2016.
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

La ruta del Oro en la Frontera del Biobío

© Luis H. Espinoza O.

© Ediciones del Archivo Histórico de Concepción

I.S.B.N.

Diseñado por Siegfried Obrist C.

Impreso en Trama Impresores S.A.

Concepción, octubre 2018.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	13
El valor del oro	15
En la búsqueda de la ruta del oro en la antigua Frontera	17
Comienza la aventura	21
Hualqui, puerta de entrada a la ruta del oro	34
Las leyendas del oro	36
Leyenda del Cerro o Piedra de la Costilla	37
En busca del tesoro de la Piedra de la Costilla	39
El trabajo en los lavaderos	52
Millahue: lugar donde hay oro	58
Leyenda del tesoro de Pedro de Valdivia	59
La leyenda de Quilacoya: ¿tres robles o tres mentiras?	60
En el río Quilacoya	62
El pueblo de Quilacoya	68
El oro de Quilacoya después de la muerte de Valdivia	70
Camino a la montaña del trueno	73
El Tesoro de El Llano	74

La leyenda de las lagunas de Talcamávida y Santa Juana	79
Talcamávida y su época dorada	81
Buena Esperanza de Rere en la Ruta del Oro	85
Rere, un pueblo donde el tiempo se ha detenido.	85
La leyenda de la Campana de Oro	88
Rere en la Ruta del Oro	90
La gran pepita de oro	92
El Banco de Rere	99
Los Pincheira asaltan el Banco de Rere	100
El Museo de Rere, un paseo por la época dorada del pueblo	103
Bibliografía	106

PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos da cuenta de una travesía por la historia y la geografía accidentada de Hualqui, en las riberas del gran Biobío. No se trata de un viaje directo, con un destino claro y por una ruta predeterminada; es más bien una búsqueda. Son varias excursiones que se entrecruzan y van tejiendo un relato cargado de humanidad y misterio.

El común denominador de las indagaciones de Luis Espinoza, de sus conversaciones, periplos y revisiones bibliográficas, es el oro. El metal precioso, que impulsó la ocupación de América, es también el objeto de su ambición. No es la riqueza fácil lo que anhela, sin embargo, sino un misterio más profundo. Se trata de desentrañar y rehacer los pasos de incas, mapuches y conquistadores en el remoto pasado; y de ansiosos gambusinos en décadas más recientes, impulsados todos por la pesquisa del mineral.

Es que, hasta tiempos no tan lejanos, la abundancia de oro determinó la centralidad de este territorio en la historia nacional, pero hoy devenido periférico. Incluso antes que Chile fuera Chile, ya los incas habían hollado la zona para extraer su riqueza aurífera; aquí dejaron su huella, en forma de petroglifos, en el Cerro de la Costilla. Es una historia que requiere más investigación, pero que respecto, a lo menos, a este hecho esencial, no existen dudas.

Agotadas las vetas auríferas, entre vías que ya ningún ferrocarril recorre, donde el bosque recupera sus espacios, cuesta imaginar la centralidad de estos lugares en el pasado. Por allí, en efecto, pasó el camino que conducía a Concepción de Penco y luego de la Mocha, ciudad que fue siempre la capital de la Frontera y cabeza de la ocupación hispana. La elevación de sus colinas determinó que fuera la ruta elegida para conectar la ciudad con la capital del reino, pues no la interrumpían las lluvias del invierno.

El oro de sus minas llevó a Pedro de Valdivia a trasladar su residencia y posesiones al territorio de la actual provincia de Concepción. El 26 de octubre de 1550, en efecto, a pocos días de fundar la ciudad homónima, Valdivia se autoconcede las tierras de Talcahuano y Andalién, tomando para sí en encomienda los indígenas en ellas situados. El Rey de España, en documento firmado en Toledo a 27 de agosto de 1560, que enumera los lebos que Valdivia se dejó en encomienda en la “provincia de Arauco”, ratifica tales concesiones.

Las noticias de las explotaciones auríferas llegaron a Valdivia, como tantas otras informaciones, del paso previo de los incas por las actuales tierras chilenas. La abundancia inicial justifica el título del “siglo del oro”, con que se conoce al siglo XVI; un ciclo breve de abundancia, que oprimió a los naturales e hizo la riqueza del gobernador.

La ambición de Valdivia, en todo caso, más que a la fortuna, apuntaba al poder que le otorgaba la Gobernación de Chile y el afán de “dejar memoria y fama de mí”, como señalaba al Emperador Carlos V, en carta de 4 de septiembre de 1545. El oro compraba el favor de la Corte y podría asegurar la amplia jurisdicción a que aspiraba Valdivia, así como las posesiones propias. Lo refleja la escena que relata el cronista Góngora y Marnolejo, en que el Conquistador, enfrentado a una gran pepita extraída de sus minas, expresó: “Desde ahora comienzo a ser señor”.

Pero el oro que hizo su grandeza, también perdió a Valdivia. Enfrentado a la gran sublevación de diciembre de 1552, que encabezara el joven Leftraru, marcha al sur por la ruta de Quilacoya, que atraviesa el río frente a Santa Juana y sigue por las colinas de Patagual hacia Colcura y Tucapel de la Frontera. El deseo de asegurar sus minas de Quilacoya, amenazadas por la sublevación, le hacen perder un tiempo precioso. Cuando llega a Arauco ya el levantamiento es imparable, al punto de provocar su propia muerte en la batalla de Tucapel, en las cercanías del actual Cañete. Es la visión del poeta-soldado Ercilla, quien recorrió la zona un lustro más tarde, acompañando a las huestes del joven gobernador García Hurtado de Mendoza.

*“Pero dejó el camino provechoso,
y, descuidado dél, torció la vía,
metiéndose por otro codicioso
que era donde una mina de oro había:
Y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecía,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.
Más el metal goloso que sacaba
le tuvo a la sazón embebecido
después salió de allí, y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
(La Araucana, Canto II).*

Estas breves rememoranzas de los días tempranos de la Conquista, muestran la centralidad de este territorio en la construcción de la historia patria.

Los siglos pasaron y el oro dejó de iluminar las chayas de los gambusinos. Las minas negaron su riqueza antes generosa y se hizo el silencio en los improvisados campamentos. Aunque ya quedan pocos que puedan contar, de primera mano, del auge económico y la gran población que congregara el oro, las viñas y el trigo, quedan importantes vestigios. Un legado de leyendas, nombres y tradiciones, que dan testimonio de la abundancia y la riqueza de otrora. Las campanas de Rere, nos transportan, con su tañido, en el tiempo e imaginamos cientos de carretas, el rechinar de las locomotoras a carbón y, ¿por qué no? nuevamente vemos delizarse por el río decenas de barcas, trayendo la madera, los cueros y el trigo de la Frontera.

En busca de los ecos de aquellos días, Luis Espinoza ha recorrido varias veces esas tierras algo perdidas en la memoria, para recuperar las voces de los antiguos vecinos. Con su investigación, académica pero también de campo, reviven las tradiciones, las leyendas explican su origen y, lo más importante, éstas quedan fijadas para siempre, con la firmeza y omnipresencia de un libro que circulará por los caminos mate-

riales y virtuales de internet y de las bibliotecas. Así se pone en valor un territorio, su historia y cultura, para explicar mejor, desde el diminuto microcosmos de un espacio de provincia, las fuerzas que movilizaron el proceso de ocupación hispana del sur de Chile.

Es el aporte de este libro, que se complementa con bellas imágenes, la mayoría obra del propio autor, que prueba con ello su paso por tantos lugares que describe, a la vez que su sensibilidad frente al paisaje y los personajes que lo conforman.

Si bien este libro responde más a una crónica testimonial que a una investigación académica, no dudamos de su valor y contribución. Ojalá invite a otros a recorrer, con la mirada aguda de Espinoza, su propia historia de antiguos pueblos y lugares que la urbanización creciente va desdibujando. Así revivimos y, ojalá, fijaremos en imágenes y un texto impreso, la frágil memoria del pasado agrícola de Ñuble y Biobío.

El entusiasmo del autor se vio reconocido y estimulado por el apoyo recibido del Consejo Nacional de la Cultura, que el año 2011, a través de la adjudicación de un proyecto FONDART, le permitió recorrer una vez más la ruta y estructurar todos los testimonios e investigaciones que venía realizando desde la década del ochenta, en muchos viajes a los pueblos de la antigua frontera. En aquella oportunidad, a veces en un viejo vehículo, otras simplemente a pie por los polvorientos caminos y senderos, pudo recoger el aporte de muchas personas, algunos de los cuales ya no están en este mundo.

También cabe agradecer al Consejo por el apoyo en el financiamiento de este trabajo a través del Fondo del Libro, convocatoria 2018, en el cual jugó un rol fundamental el haber obtenido, dos años antes, el Premio Especial en el concurso Mejores Obras Literarias 2016 en el área de “Escrituras de la Memoria”.

Los invito, entonces, a recorrer a través de este viaje imaginario la historia de la antigua frontera del Biobío, para descubrir a través de la riqueza del oro los escondidos tesoros patrimoniales, los antiguos relatos y tradiciones que la gente ha guardado en su memoria a través de los siglos.

Armando Cartes Montory

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1553 los indios de la frontera del Biobío le mostraron a don Pedro de Valdivia una batea llena con oro que habían extraído del estero de Quilacoya, el gobernador no dudó en exclamar: “desde ahora comienzo a ser un señor”. Con ello daba inicio a una de las rutas auríferas más importantes del proceso de conquista española.

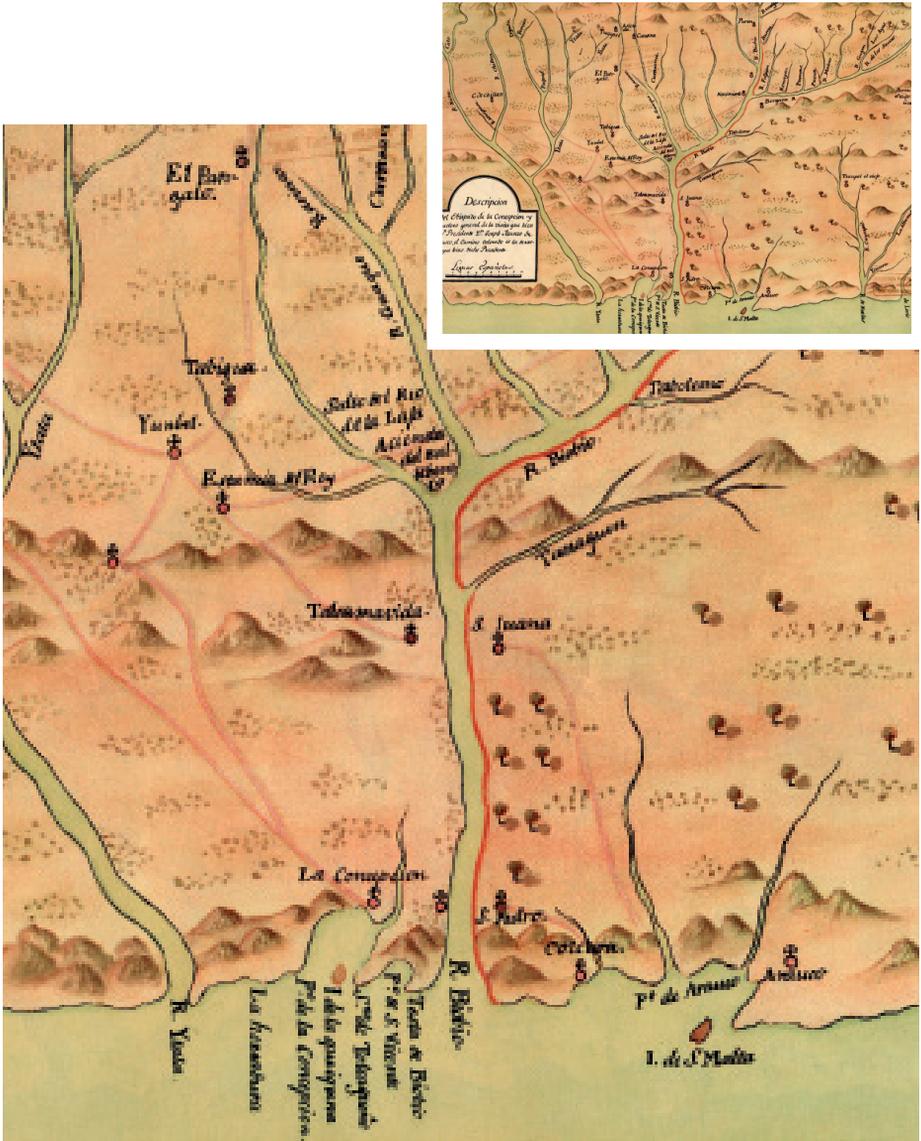
La historia del oro en esta zona, sin embargo, se remonta mucho antes de la llegada de los conquistadores. Antiguos relatos señalan que los incas del Perú llegaron hasta las orillas del gran Bío Bío a comienzos del siglo XV, cerca de Hualqui, estableciendo un centro ceremonial en el cual ofrecían sacrificios a sus dioses. Según la leyenda, habrían ocultado sus tesoros bajo una enorme pirámide hecha de piedra que les servía para realizar sus ceremonias. Hoy en día el lugar muestra las huellas de muchos aventureros que han intentado desenterrar aquellas riquezas junto a misteriosos petroglifos que aún no han sido descifrados. Un siglo después don Pedro de Valdivia estableció cerca de allí una encomienda de indios con el fin de explotar las minas de oro del estero de Quilacoya, pero su muerte interrumpirá este breve auge minero.

Más tarde la época del oro se trasladará a Buena Esperanza de Rere, un pueblo de gran atractivo histórico y por cuyos campos cruzan una infinidad de esteros que arrastran ricas arenas auríferas que aún son explotadas por los lugareños. La riqueza acumulada permitió que los jesuitas fundieran a comienzos del siglo XVIII una enorme campaña que contiene gran cantidad de oro y cuyo tamaño, belleza y sonido son inigualables. Incluso se logró la formación de un banco privado a fines del siglos XIX, el que alcanzó a emitir billetes.

¿Podemos hablar entonces de una ruta del oro en la zona fronteriza del Biobío? Sin duda que sí, no obstante las múltiples dificultades e interrupciones que afectaron su explotación a través de los siglos.

Para quienes deseen recorrer esta legendaria ruta que ahora intentamos reconstruir, es preciso señalar que su verdadera riqueza no sólo

se sustenta en el oro sino que también está en su gente, en sus tradiciones y manifestaciones culturales locales, así como también en los bellos parajes que aún conservan ese sosiego que los ha caracterizado desde tiempos remotos. La ruta del oro es, sin lugar a dudas, una invitación para conocer y disfrutar de la gran ruta de las tradiciones.



EL VALOR DEL ORO

Bello, durable, versátil y muy escaso. Al parecer esas cualidades han sido más que suficientes para que el oro sea tan apetecido por las distintas culturas. No cabe duda que es el metal que ha moldeado con mayor fuerza la historia de muchas naciones e imperios, llevando la codicia humana a los lugares más recónditos del planeta. La conquista de América y Chile no estuvo exenta de esta motivación. Una vieja sentencia señalaba que la principal razón que tuvieron los conquistadores para aventurarse hacia el Nuevo Mundo era precisamente “hacerse la América”, es decir, convertirse en hombres ricos. Y para ello no había forma más rápida de lograr ese objetivo que a través de la obtención de metales preciosos, especialmente oro. Eso explica las innumerables leyendas que surgieron en los primeros años de la conquista acerca de la existencia de míticos lugares repletos del preciado metal como lo fue “El Dorado” en Colombia y “La ciudad de los Césares” en la remota Patagonia austral. Esta última provocó un interés inusitado entre las autoridades españolas hasta bien entrado el siglo XVIII, y aún hoy algunos albergan la esperanza de encontrarla.

Es ésta una ciudad encantada, no dada a ningún viajero descubrirla sólo al fin del mundo, la ciudad se hará visible para convencer a los incrédulos de su existencia” - Tradición oral de Chiloé

Atribuirle al oro una misma significación para las diferentes culturas es un error, no obstante ser el metal de mayor interés. Los aborígenes americanos lo utilizaban para la elaboración de elementos rituales y decorativos relacionados con sus prácticas religiosas. Eso explica su extrañeza al ver que los conquistadores fundieran las piezas para convertirlas en lingotes que luego enviaban a España. En Chile la explotación del oro en la época prehispánica sólo existió en la zona centro-norte, precisamente entre los aborígenes que recibieron la influencia y el conocimiento de los metales de parte de los incas peruanos. Es probable que los mapuches de la zona del Biobío conocieran estos metales, pero nunca llegaron a desarrollar técnicas metalúrgicas, es decir, no trabajaron con ellos. Sin embargo, con la llegada de los primeros conquistadores españoles a mediados del siglo XVI, se iba a dar comienzo a una

frenética búsqueda del preciado metal que se extenderá por varios siglos y que traerá enormes consecuencias en la vida de los aborígenes y en el proceso de conquista.



La caza, la recolección y una agricultura de subsistencia eran las ocupaciones principales de los mapuches. A la llegada de los españoles conocían los metales, entre ellos el oro, pero no los trabajan. Grabado de una familia araucana, Claudio Gay (detalle).

EN LA BÚSQUEDA DE LA RUTA DEL ORO

EN LA FRONTERA DEL BIOBIO

Mi interés por el oro es atribuible a varias razones, ninguna de ellas supeditadas a la natural codicia humana. El haber nacido en la villa de Rere, un pintoresco pueblo con más de cuatro siglos de historia y que jugó un rol fundamental en la conformación de la frontera en los siglos coloniales, me condicionó también a interesarme en el pasado de este vasto territorio, que sin duda posee un patrimonio histórico que le ha otorgado una identidad muy particular. Corría el año 1987 y con motivo de un improvisado viaje por la zona pude enterarme del trabajo de extracción de oro que realizaban algunos lugareños de manera artesanal, al modo como seguramente se hacía en los primeros años de la conquista española. En efecto, en aquella oportunidad nos internamos junto a unos amigos con el fin de explorar uno de los tantos riachuelos que tributan al Biobío en su curso inferior. Era un pequeño estero que se desplegaba entre las suaves serranías y que se empeñaba en mantener su caudal en medio de pequeñas quebradas e irregulares bosques, pero que de tanto en tanto daba lugar a la formación de breves remansos donde abundaba la pesca. Se trataba del río Gomero, un mezquino afluente del Biobío de sólo unos cuantos kilómetros de largo y que desembocaba cerca de una vieja estación ferroviaria del mismo nombre. Unos amigos de infancia me habían hablado de lo tranquilo y hermoso de aquellos parajes, que sin duda representaban una excelente alternativa para alejarse por un tiempo de la rutina propia de la ciudad.

Al igual como lo hicieron muchos conquistadores siglos atrás, salimos a mediados de enero de Concepción rumbo a la famosa “República Independiente de Hualqui”, nombre que se explica por una antigua leyenda que más adelante conoceremos. Allí nos esperaba una vieja camioneta Ford que nos internó en la cordillera de la Costa a través de ondulantes y polvorientos caminos de tierra hasta llegar al sector de Santo Domingo, un tranquilo caserío jesuita donde al fondo de una quebrada corría mansamente el río Gomero. Instalados en una de sus frondosas riberas, comenzamos de inmediato a explorar su curso en la búsqueda de lugares aptos para pescar. A poco andar nos encontramos con un hombre que excavaba en medio del río. Era un buscador de oro.

Después de largos días de agotador trabajo había logrado hacer un gran socavón sobre una de las orillas hasta tener el agua a la cintura. Pala en mano, se esforzaba por extraer la tierra desde el fondo y la depositaba en una canoa que luego lavaba con agua. De vez en cuando sacaba una especie de plato de madera que llamaba “chaya” con el cual lavaba un poco de tierra a fin de “tantear” la cantidad de oro que había en el lecho del río. Mediante movimientos ondulatorios lograba decantar las pequeñas pepitas que iba juntando en un pequeño recipiente. Era la primera vez que veía oro en su estado natural y me di cuenta que no se trataba de un metal brillante, sino dorado. El sujeto era un agricultor del sector de Rere que desde hacía muchos años se dedicaba en la época estival a la búsqueda de oro en los diversos riachuelos de la zona. Después de intercambiar un par de palabras, sus relatos comenzaron a fluir con la sabiduría y el entusiasmo de quien sabe muy bien su oficio. Nos aseguró que toda esta zona ha sido históricamente abundante en oro, pero que era necesario tener agua para poder lavarlo, y lamentablemente, los ríos y esteros son escasos en estos territorios del secano costero. En cualquier riachuelo se puede extraer el metal sin mayor problema, pero hay que saber buscarlo y eso sólo lo da la experiencia. A veces se requiere suerte para dar con un manto que contenga pepitas grandes, pero en la mayoría de los casos sólo se consiguen pequeñas piritas que se sacan con gran esfuerzo.

La sabiduría popular de aquel lugareño era impresionante. Incluso nos invitó a “chayar”, es decir, a sacar oro utilizando ese gran plato de madera que tenía una hendidura en su fondo. De manera increíble, después de algunos intentos logramos sacar una apreciable cantidad que se fue acumulando paulatinamente al fondo de dicha hendidura, justo debajo de una fina arena negra llamada fierrillo. Nos advirtió acerca de la “fiebre” que produce el oro, sobre todo para aquellos que son muy codiciosos, pues pese a nuestro entusiasmo, la cantidad que habíamos sacado era ínfima. Nos señaló que toda la ciencia estaba en el mayor peso que tenía el oro en relación a otros materiales. A lo largo de miles de años el agua ha arrastrado este preciado metal que en algún tiempo estuvo formando vetas en las riberas escarpadas de los múltiples esteros y arroyos. Es por eso que en ocasiones hay que cavar muy profundo en medio del río para llegar a una capa de un color verde pálido y muy

gredosa llamada “circa”, en donde generalmente descansa el oro. Las diminutas piritas que habíamos logrado extraer formaron parte hace milenios de un relieve que se fue erosionando paulatinamente debido a la lluvia y el viento siendo depositadas en su ubicación actual, es decir, el lecho profundo de los arroyos como el Gomero.

Sin duda que en tiempos de los conquistadores españoles la extracción de este preciado metal debió ser más auspicioso que hoy en día. En primer término, el oro era más abundante debido a que los mantos auríferos nunca habían sido explotados por los indios y por tanto se encontraban vírgenes. Si a ello sumamos el hecho que dispusieron de una abundante y barata mano de obra aborígen a través del sistema de encomiendas o de servicio personal, se puede tener una idea clara de lo rentable y atractiva que debió ser esta actividad en los primeros tiempos de la conquista, sólo interrumpida por las constantes sublevaciones indígenas que tenían su origen en el mismo sistema de trabajo forzado a que eran sometidos. De allí que esta comarca adquirió desde un principio la fama de ser una zona de gran riqueza aurífera, la que se vio reflejada desde el primer momento con los lavaderos que tuvo don Pedro de Valdivia en el río Quilacoya y en donde, según la tradición oral, aún existe un gran tesoro oculto en uno de los cerros. Esta riqueza también se ve reflejada actualmente en el pueblo de Rere, distante unos siete kilómetros de río Gomero, y en donde existe una enorme campana fundida por los jesuitas en el s. XIII que contiene, según la tradición, una gran cantidad de oro.

Luego de escuchar con entusiasmo los relatos de aquel hombre que había dedicado gran parte de su vida a sacar oro a la usanza de sus antepasados, decidimos continuar nuestro viaje, no sin antes guardar el escaso pero significativo oro que habíamos logrado extraer, el cual aún conservo en un pequeño frasco como fiel recuerdo de aquel día en que, de algún modo, comencé a conocer e imaginar la famosa ruta del oro en la antigua frontera del Biobío.

Nuestra excursión continuó por varios días más a lo largo del curso del río Gomero, el cual recorrimos hasta que desembocó en el Biobío cerca de un pequeño caserío nacido al alero de una estación ferroviaria. Desde allí tomamos un antiguo tren que nos llevó a Concepción y del cual conoceríamos interesantes detalles tiempo después.

Años más tarde, y luego de haberme licenciado de profesor de historia y ejercer por algún tiempo la docencia, decidí lanzarme a la gran aventura de descubrir la famosa ruta del oro en la zona de la frontera del Biobío. A la sazón había investigado muchísimo acerca del tema, motivado en primer término por aquel viejo buscador de oro que habíamos conocido en nuestra adolescencia y del cual nunca más supimos, pero además por las coloquiales conversaciones que teníamos en la universidad sobre el tema. Sentía la necesidad de conocer en terreno aquella información que generalmente no se encuentra en las crónicas: viejas historias de buscadores de oro y leyendas que han pasado de generación en generación en medio de pueblos y caseríos casi perdidos en el tiempo. Fue el inicio de una aventura que iba a durar varios días pero que estaba cierto permanecería en mi memoria para toda la vida.



Mapa de la Ruta del Oro.

La ruta conectaba Concepción a lo largo de la ribera norte del gran Biobío con las antiguas villas de San Juan Bautista de Hualqui, Quilacoya, San Rafael de Talcamávida y Buena Esperanza de Rere. Mapa adaptado para el autor por Jorge Zurita Pastén.

COMIENZA LA AVENTURA

El punto de partida de este viaje se inicia en la ciudad de Concepción. En estricto rigor debería haber comenzado en Penco, lugar donde originalmente don Pedro de Valdivia fundó la ciudad de La Concepción del Nuevo Extremo hacia 1550 y que fuera trasladada dos siglos más tarde a su actual emplazamiento. Fue precisamente desde Penco donde el primer gobernador de Chile organizó la conquista de la zona de la frontera del Biobío y comenzó la explotación de uno de los placeres auríferos más importantes de la conquista: los del río Quilacoja o Culacoján, situados en la actual comuna de Hualqui y que, según las crónicas de la época, debido a su gran riqueza, hicieron exclamar en más de alguna oportunidad a Valdivia que desde ahora “comenzaba a ser señor”.

La ciudad de La Concepción se convertía en un punto estratégico destinado a proseguir la conquista al sur del Biobío. A pesar de sus escasos hombres y recursos, el gobernador no tardó en adentrarse en dichas tierras y fundar nuevas ciudades y fuertes en medio de una zona que más tarde se convertiría en un sangriento campo de batalla. Surgen así La Imperial, Valdivia, Villarrica, Angol, Tucapel, Arauco y Purén. Junto con ello se preocupó de inmediato en buscar lugares donde hubiera oro en abundancia. Las ansias por encontrar de manera rápida el preciado metal en las zonas recién exploradas exacerbó en muchas ocasiones la imaginación de algunos cronistas, los que no trepidaban en dejarse llevar por los rumores acerca del hallazgo de grandes depósitos de oro cerca de la ciudad. Al revisar las crónicas del Padre Alonso de Ovalle podemos encontrar el siguiente párrafo que da fe de esta suerte de fiebre del oro:

“...me contó un capitán que entró en nuestra Compañía (de Jesús) que a media legua de la ciudad de La Concepción hay una laguna que da el agua a la cintura y que cuando los indios no tienen qué gastar, envían a sus mujeres a esta laguna y buscan entre la arena con los dedos de los pies la pepita de oro y reconociéndola con el tacto se bajan por ella, y sacando dos o tres pesos de oro no buscan más y se van con Dios y no vuelven hasta gastar aquello porque no son gente de codicia” (Alonso de Ovalle cap. 4, p. 10).

En mi afán por dar comienzo a la búsqueda de los últimos vestigios de la antigua ruta del oro, logré tomar contacto con uno de aquellos amigos con quien, dos décadas atrás, habíamos compartido la memorable excusión al río Gomero. De algún modo coincidíamos en nuestro interés por descubrir la riqueza patrimonial de la región, y la historia de la explotación aurífera desde los primeros tiempos hasta nuestros días se nos presentaba como un interesante desafío. Al igual que las empresas de conquista del siglo XVI, en donde cada cual ponía su esfuerzo y algunos aportes para el éxito de la expedición, mi compañero disponía de una vasta información sobre el tema y mantenía algunos contactos con lugareños que nos podrían entregar valiosos datos. Además contaba con un vehículo todo terreno que nos permitiría viajar de manera segura por aquellos estrechos y maltratados senderos de la zona. El punto de encuentro sería la ciudad de Hualqui, fundada por los españoles hacia 1757, bajo el nombre de San Juan Bautista y que, con el correr de los siglos, se había convertido en la puerta de entrada a la ruta del oro.

Para llegar a la pequeña ciudad de Hualqui se puede optar por viajar a través de una carretera de unos 25 kilómetros o bien tomar el tren “Corto del Laja”, un viejo y tradicional ramal ferroviario que data de 1874 y que recorre a diario unos 80 kilómetros uniendo una serie de localidades ribereñas al Biobío, muchas de las cuales se relacionan con la ruta del oro y con la época de auge de la conquista española. Por alguna razón me pareció más interesante viajar en tren, no obstante la notable modernización que ha sufrido este tradicional medio de transporte en los últimos años, pero que de alguna forma aún nos evoca aquellos tiempos de esplendor en donde las locomotoras surcaban los vastos campos y cruzaban los ríos y quebradas de la zona con el fin de incorporar estas agrestes tierras de la frontera al resto del país.

Antes de la llegada del ferrocarril los viajeros debían sortear una serie de dificultades arriba de sus caballos y mulas, recorriendo caminos y senderos abruptos y peligrosos. A fines del s. XVIII don Ambrosio O’Higgins, en ese entonces Intendente de Concepción, trazó un camino que iba por el cerro Caracol para evitar que se interrumpiera en invierno por las crecidas del Biobío. Este camino, llamado “Camino Real o de La Laxa” unía a Concepción con Hualqui, Rere y finalmente con

Los Ángeles, recorriendo en su primer tramo los mismos senderos que trazaron los antiguos conquistadores en busca del preciado oro.

Algunos viajeros extranjeros de la primera mitad del siglo XIX nos han dejado interesantes descripciones acerca de esta ruta entre Concepción y la pequeña ciudad de Hualqui, utilizando este viejo camino colonial del cual aún quedan vestigios. Sus escritos nos permiten viajar en el tiempo e imaginarnos las enormes dificultades que implicaba transitar por estos territorios en una época carente de los medios de transporte con que contamos hoy.

El primero de ellos es a todas luces excepcional, pues se trata del diario de un joven marino norteamericano, J. F. Coffin, que llegó hacia 1817 a Talcahuano a bordo del bergantín “Canton” con un cargamento de fusiles y paños militares, tal vez destinados a los patriotas chilenos. Lamentablemente el buque fue confiscado por los realistas y el joven muchacho fue detenido en la provincia de Concepción durante tres años, tiempo en el cual debió enfrentar innumerables peripecias. Desalojados del barco, trabaron amistad con un comerciante de Talcahuano, don Antonio Laso, quien los invitó a pasar su particular “cautiverio” en su estancia o casa de campo ubicada cerca de Hualqui, permaneciendo en este lugar cerca de seis meses. En su diario, traducido y publicado en 1898, señalaba que “Las tres cuartas partes del camino de Concepción hasta aquí (Hualqui) son extremadamente hermosas: sigue a la derecha el curso del río Biobío y a la izquierda se ve una no interrumpida cadena de montañas... A medida que uno se aproxima a Hualqui, se ascienden las montañas y se encuentra un camino angosto, escarpado y abrupto y que parece a primera vista absolutamente infranqueable”(J. F. Coffin, p. 91).

Pocos años después, en noviembre de 1826, el médico alemán Eduard Poeppig seguiría la misma ruta partiendo de Concepción hacia el interior del territorio: “...preferí esta vez las mulas (que los caballos) para el transporte del equipaje. Dejamos Concepción y seguimos el camino que corre cerca del hermoso Biobío, admirándonos del gran número de mosquitos. El río corre al lado del camino, el que está limitado a la izquierda por cerros elevados y boscosos sobre los cuales florecen algunas plantas interesantes...” (Eduard Poeppig, p. 347).

Otro cronista digno de citar es el Dr. Aquinas Ried quien en el verano de 1847 dejó plasmado en su diario personal el viaje a Hualqui, junto a su guía: “Grandes árboles indígenas extienden sus ramudos brazos sobre el camino; las lomas son muy verdes y el río (Biobío), a pesar de lo avanzado de la estación estival, mantiene su caudal de aguas que ocupan un ancho lecho y se mueven lentamente hacia el oeste... El camino toma primero al Este y recorre así unas siete u ocho leguas ascendiendo una antigua cadena de montañas que mira a un explayado delicioso. Nos hemos detenido bajo el primer bosquecillo de peras y manzanas silvestres... Después de un corto descanso, seguimos avanzando ahora por cuestras, en que todo ha cambiado y que ponen espanto en el alma. El Biobío queda por fin, tras de unos montes, y estampamos nuestros nombres en la corteza de un árbol secular” (Aquinas Ried, pp. 45 - 46).

Finalmente, en el verano de 1853, el miembro de la Expedición Astronómica Naval de los EE.UU. Edmond Reuel Smith, en una gira efectuada a los indígenas del sur, salía a caballo de Concepción rumbo a la Araucanía. En sus notas señalaba: “Dejamos la ciudad, llegamos al Biobío, a cuyas orillas serpenteaba el camino por varias leguas. Sus bordes son ondulados y en general están cubiertos de bonitos bosques, y aún cuando la corriente es rápida, la superficie del agua es hermosamente tranquila. Un viaje de pocas horas nos llevó al triste caserío de Hualqui. El lugarejo carecía de atractivos para el viajero y como ya caía la noche... nos detuvimos y después de algunos trajines descubrimos un rancho en donde se podía obtener alojamiento para hombre y bestia. Era una posada” (Edmond Reuel Smith, p. 2).

No obstante ser testimonios de la época republicana, no difieren mucho de lo que debieron ser los viajes y exploraciones que realizaron los primeros conquistadores que llegaron a la zona de la frontera del Biobío. La presencia de sinuosos senderos introduciéndose tenazmente entre los densos bosques nativos, sumado a las dificultades que imponían los largos y lluviosos inviernos, sólo permitían el lento tránsito de caballos o mulas, y muy ocasionalmente de carretas. Si a ello se suma los constantes alzamientos de los indígenas de la zona derivada de las imposiciones a que se vieron sometidos por parte del español, entre ellas la explotación de los lavaderos de oro, se tendrá una idea de las múltiples dificultades que debieron enfrentar los hombres de aquellos tiempos.

Hoy en día el ferrocarril “Corto del Laja” nos permite recorrer de manera cómoda y rápida el primer tramo de la ruta del oro que comenzaremos en la antigua ciudad de Hualqui. El trayecto ferroviario que, según señalamos, data de 1874, surge como ramal para unir la línea central que pasaba por San Rosendo con el puerto de Talcahuano y bordea plácidamente la ribera norte del gran Biobío siguiendo la misma ruta que trazaron los antiguos viajeros arriba de sus mulas y caballos, o simplemente a pie. Este gran río, cuyo nombre es de origen indígena en alusión a la repetición fonética del canto del ave Fío Fío, especie endémica del país y que más tarde se castellanizó como Biobío, recorre más de 300 kilómetros desde la Cordillera de los Andes hasta el océano. En su curso inferior recibe pequeños afluentes que han arrastrado por siglos las ricas arenas auríferas que dieron lugar a la famosa ruta del oro.

Resulta extraño pensar que en algún momento este río fue navegable en esta parte de su curso, precisamente entre Concepción y Nacimiento. Hasta mediados del siglo XIX tres pequeños barcos a vapor de casco plano y ruedas de paleta, el “Sotomayor”, el “Talca” y el “Biobío” hacían la mencionada ruta en los períodos de mayor caudal llevando pasajeros y cargamento de manera más rápida y expedita que aquellos que se aventuraban por los escarpados senderos ribereños. Además había una gran cantidad de lanchas planas a vela o con ayuda de palancas que surcaban el Biobío, en tramos menores o simplemente para cruzar de una a otra orilla. Los vapores demoraban dos días aguas arriba para llegar a Nacimiento y sólo doce horas en su regreso a Concepción.

Una huella de aquellos tiempos lo íbamos a encontrar precisamente en Hualqui, en donde la actual calle Errázuriz fue conocida hasta bien entrado el siglo XX como “Calle del Embarcadero” en razón de que su trazado daba precisamente hacia el Biobío donde había un pequeño muelle destinado a recibir aquellos pequeños vapores.



Paseos en bote sobre el Biobío en el sector “Agua de las niñas”, actual Pedro de Valdivia, hacia 1910.

Foto de Odber Heffer Bisset.

¿Qué pasó con los barcos y balsas que surcaban el Biobío transportando pasajeros y mercaderías? La explotación irracional de los bosques nativos que contribuían a mantener la humedad y fertilidad de los suelos, creó las condiciones para que los agentes erosivos, principalmente las lluvias, arrastraran cada invierno los sedimentos hasta el lecho del río, haciendo inviable el tráfico de los pequeños barcos. A ello se suma la construcción del ferrocarril de San Rosendo a Talcahuano, medio de transporte mucho más rápido, económico y expedito que los antiguos y lentos barcos a vapor, todo lo cual limitó aún más el tráfico fluvial sobre el Biobío. Además, los trenes de carga permitían llevar mayores volúmenes de mercaderías y conectaban con todo el país.

Fue entonces que el río perdió su importancia como medio de transporte a lo largo de su ancho cauce y, como una paradoja difícil de entender, se fue convirtiendo lentamente en un obstáculo para la comunicación entre ambas riberas, dificultad que fue resuelta de algún modo con la construcción del puente ferroviario entre Concepción y San Pedro de la Paz, hacia 1888. Entretanto, las localidades intermedias del ramal vieron resurgir con fuerza los antiguos balseaderos o varaderos destinados a cruzar el río para transportar pasajeros y mercaderías. Famosos fueron en su tiempo los de Santa Juana y Talcamávida, el de Pileu cerca de Quilacoya, el de Tanabullín en Gomeró, el de Hualqui y

el de Balseadero a la altura de San Rosendo, este último aún operativo en gran parte del año.

Reminiscencias de esa época en que el río aún era navegable y las razones de su decadencia como vía fluvial lo encontramos en la obra de nuestro destacado escritor chileno Luis Durand:

“Hualqui, Gomero, Chiguayante, junto a la vía férrea. Al otro lado Santa Juana y Talcamávida, puertos fluviales hasta donde se llega en lanchas en las cuales viajan caballos y bueyes; chanchos y ovejas... Recuerdo otra vez a la tía Meche que nos contaba que ella cuando pequeña había viajado desde Santa Juana a Nacimiento en un hermoso barco lleno de espejos y asientos tapizados. Eran esos los tiempos en que el Biobío era navegable, cuando su lecho aún no se había esfangado con las tierras de aluvión que arrastraban las violentas lluvias que erosionaban los lomajes.”

Luis Durand, Paisajes y gente de Chile, 1947-1952, pp. 128 y 129.

Iniciamos el viaje hacia Hualqui a las 08:30 horas desde la estación de Concepción, un simple paradero del Biotrén que lamentablemente reemplazó al antiguo recinto ferroviario que data de 1939 y cuyos íconos más visibles eran el reloj instalado en el edificio central y el mural “Historia de Concepción” del artista Gregorio de la Fuente, finalizado en 1945 y ubicado en el hall central de la sala de 1ª clase. Actualmente, la estructura ha sido remozada para ser ocupada como sede del gobierno regional.



Tres momentos de la estación de Concepción que reemplazó en el mismo emplazamiento a la antigua estructura dañada por el terremoto de 1939. Se aprecian los tradicionales coches tirados por caballos y las góndolas de mediados del s. XX.

En los rostros de los pasajeros del tren “Corto del Laja” poco queda de ese inconfundible aire de gente de pueblo caracterizado por sus modos y su vestimenta. La vinculación diaria que tienen con la ciudad de Concepción los ha hecho ciudadanos, transformando sus pueblos de origen en pequeñas ciudades satélites que a pesar de ser engullidas por el fragor de la vida urbana penquista, aún mantienen cierto sosiego que las hace atractivas para su gente. Los nombres con que fueron bautizadas estas localidades son el fiel testimonio de que alguna vez el pueblo mapuche fue el amo y señor de estas tierras de la antigua frontera: Chiguayante, Hualqui, Quilacoya, Unihue, Chanco, Talcamávida, Gomero y Buenuraqui representan vocablos cuyo significado e historia iremos conociendo en la medida que avancemos en el descubrimiento de la ruta del oro.

La vía corre paralela al remozado camino a Chiguayante. A poco andar, entre antiguas casonas refaccionadas y modernos edificios nos encontramos con un pequeño y olvidado obelisco que alguna vez fue parte de una plazoleta que hoy sobrevive apretujada en el estrecho bandejón central del camino. Una vieja placa testimonia el nombre que alguna vez tuvo aquella plaza: “Agua de las niñas”. Bajo el camino y la vía férrea fluye una pequeña vertiente que desemboca mezquinamente en el Biobío. Hoy, lamentablemente, ya nadie puede advertir esa cristalina vertiente, la cual ha sido entubada hasta su desembocadura. Fernando Campos Harriet en su libro “Leyendas y tradiciones penquistas” nos cuenta que aquella vertiente tomó ese nombre tan particular debido a que antiguamente las muchachas campesinas que venían a la ciudad en carreta desde Chiguayante, La Leonera, Hualqui, Quilacoya y demás poblados aledaños aprovechaban la pileta para lavar sus pies llenos de polvo o empapados de barro, con el objeto de presentarse decentemente al llegar a Concepción.

Dejamos “Agua de las niñas” para seguir rumbo a Chiguayante. Esta ciudad fue durante muchos años un barrio de Concepción y tuvo sus orígenes en el repartimiento de tierras que recibieron los vecinos que se trasladaron desde Penco al nuevo sitio en que quedó emplazada la ciudad a mediados del s. XVIII. Con el correr de los años los propietarios comenzaron a construir sus casas con el fin de pasar algunos días del año, sobre todo en verano, disfrutando de las bondades del clima y la

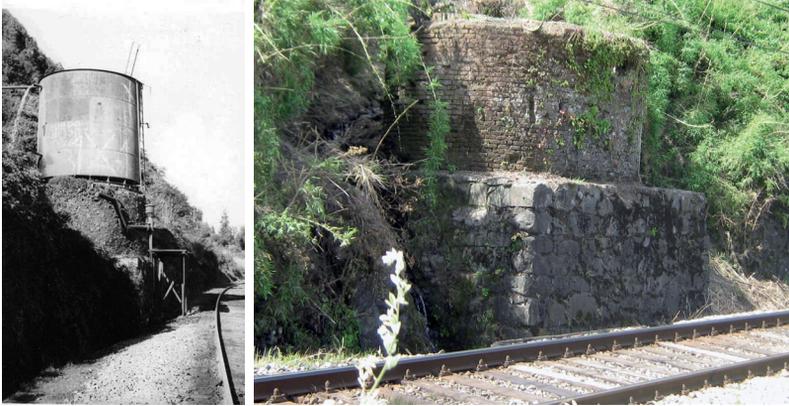
tranquilidad del lugar. Se fue cimentando así una forma de vida en donde la casa-quinta con fines de descanso y el cultivo de frutales hicieron de Chiguayante un sector muy atractivo. Pero no fue sino hasta 1991 que logró separarse definitivamente de Concepción para convertirse en una comuna independiente. Según la tradición popular, es considerada como “La tierra bella”, slogan que dista mucho de su significado como vocablo indígena, el cual proviene de “Chiguayantu” y que se puede traducir como “sol entre brumas” o “día nublado” (chiguay=bruma, antu=sol). Llegamos a la estación de la naciente ciudad y después de unos minutos seguimos viaje hacia Hualqui siguiendo la línea de varios cerros de gran altura, uno de los cuales, el de mayor envergadura, recibe el nombre de Manquimávida, voz mapuche que significa “Montaña de cóndores” (Manque: cóndor, mahuida: montaña). Una serie de antenas cubren ahora su empinada cima sobre la cual, según una antigua leyenda, se esconde un volcán dormido. Existe también la creencia que cuando aquel cerro se cubre de un manto de niebla, es seguro que va a llover.

Continuamos el viaje sin perder de vista la majestuosidad de aquellas serranías. A poco andar llegamos a “Leonera Vieja”, el último sector poblado al sur de Chiguayante y desde el cual el paisaje cambia bruscamente. El tren vuelve a reencontrarse con el ancho Biobío, el que se muestra complaciente ante la mirada de los pasajeros. Los cerros enchapados de pinos, aromos y quilas se vuelcan estrepitosamente hacia la línea amenazando con sus ramas el paso del tren. Hacia el lado del río aún se divisan las huellas agonizantes de un viejo paradero llamado “Omer-Huet”, un lugar inventado para la detención y descanso de los trenes con el fin de permitir los “cruzamientos”, en una época en que el tráfico de pasajeros y carga era intenso. A veces nadie subía ni bajaba allí, a excepción de los empleados ferroviarios que trabajaban en ese lugar. Hoy ni siquiera ellos están, ni tampoco la humeante nariz de las máquinas repletas de carbón que rugían como un toro salvaje cada vez que reiniciaban la marcha.

Los trenes de ahora ya no se detienen en aquel lugar y pasan raudamente como orgullosas lenguas de vidrio olvidándose del humo, del vapor embravecido, del cambiador, del fogonero, en fin, olvidándose del pasado como si se tratara de una estación más, porque “Omer-Huet” ya no existe, al menos en la memoria de las nuevas generaciones. Ya a

finis de la década de 1980 cayó en desuso y el año 2005 se construyó, a solo pasos del lugar, un moderno taller ferroviario para atender el aumento del material rodante en la zona. El nombre de ese lugar se debe a un antiguo director de Ferrocarriles que falleció en un accidente. Tal vez nunca pensaron que aquel paradero algún día también iba a morir. Pero para quienes alcanzamos a conocer ese viejo enclave, aún queda en la memoria la desteñida casa que servía de estación acompañada por un añoso parrón y unos cuantos árboles frutales que entregaban su fresca sombra al único funcionario que allí había, y que solía enfrentar la soledad acompañado de un par de fieles perros. Hoy sólo quedan recuerdos de aquel paradero, tan frágiles como las historias que crecieron a su alrededor.

Unos cuantos kilómetros más allá, y junto al cerro desde donde comienza a divisarse el pueblo de Hualqui, se conserva aún un estanque circular de ladrillos que con el tiempo ha desaparecido a la vista debido el tupido follaje. Allí existió desde los primeros tiempos un “caballo de agua”, es decir un surtidor del vital elemento para las antiguas locomotoras a vapor que aprovechaban una cristalina vertiente que se deja caer incansablemente desde los cerros durante todo el año. Curiosamente el lugar ha sido bautizado como “El Agua del obispo” y una interesante historia nos explica el porqué de ese nombre. Aprovechando la detención de los trenes, mucha gente se bajaba a beber de esa vertiente y a estirar los pies después de un largo viaje. Cuenta la tradición que en cierta oportunidad el obispo de Concepción se bajó allí junto a su comitiva luego de un azaroso viaje de misión al pueblo de Hualqui. Al ver el agua cristalina que parecía caer del cielo, exclamó: ¡Bendiga el cielo esta fuente, así como la bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del espíritu Santo! Los viajeros que observaban aquella escena grabaron en su memoria aquel pintoresco hecho y desde entonces bautizaron espontáneamente aquel lugar como “El Agua del Obispo”, nombre que conserva hasta el día de hoy. El tiempo ha hecho que los trenes modernos ya no necesitan de aquella agua para seguir su marcha y lo más probable es que los viajeros ni siquiera perciban los restos del antiguo estanque que durante años sirvió de abrevadero ferroviario.



Junto a la vía férrea y al antiguo camino a Concepción, se encuentra el “Agua del obispo”, un lugar lleno de historia y que por muchos años apagó la sed no sólo de los viajeros sino también de las antiguas locomotoras a vapor.

Sobre esta centenaria estructura y a trechos interrumpido por densos matorrales, se puede divisar el antiguo camino de Hualqui, también conocido a fines el siglo XVIII como Camino Real o de La Laja y que sin duda fue el paso obligado de los primeros buscadores de oro en los inicios de la conquista. Esta ruta aún era frecuentada en la década del 1950 por viajeros y carretas que llevaban carbón vegetal, frutas y chicha a Chiguayante y Concepción. El médico alemán Eduard Poeppig retrataba así su paso por este camino hacia 1826 al que llamaba “Angosturas de Hualqui” “... que son unos pasos estrechos de muy mala reputación. Son tan angostos y llenos de zanjas profundas y separadas por dorsos más elevados, debido a la costumbre de las mulas de pisar siempre en las mismas huellas, que se tiene que ser un buen jinete para hacer pasar el caballo sin daño después de cinco meses de lluvia...Al atardecer alcanzamos la gran hacienda de Hualqui” (Edmond Reuel Smith, p. 2).

Posteriormente, y debido a los continuos derrumbes que afectaban su trazado durante el invierno como asimismo la necesidad de contar con una ruta para el tránsito de los primeros vehículos motorizados que comenzaron a llegar a la zona, se diseñó el actual camino pavimentado que corre entre la vía férrea y el Biobío, el que en ciertos tramos se construyó quitándole espacio al río a través de rellenos que, lamentablemente, cada cierto tiempo el caudal reclama.



Así se muestra actualmente el antiguo camino a Hualqui (foto izquierda) y que formó parte de la ruta del oro. A fines del s. XVIII era nombrado como Camino real o de La Laja. Hoy en día es un angosto sendero utilizado por carretas y esporádicos viajeros. Desde uno de sus tramos se puede observar la vía férrea y el actual camino pavimentado que bordea el Biobío.

El viajero Eduard Poeppig señalaba hacia 1826 que este sendero tenía muy mala reputación, tal vez por la existencia de bandoleros. Actualmente algunos trazos de este viejo camino aún se pueden divisar desde el tren poco antes de llegar a Hualqui.

Llegamos a Hualqui, principal centro urbano de la comuna del mismo nombre, siendo recibidos por un sol espléndido. En este lugar comienzan a descender los primeros pasajeros del tren. A simple vista la ciudad es pequeña y muy pintoresca. Según las versiones de investigadores locales, su nombre deriva del vocablo indígena “hualkún” que significa “rodear” o “circuir” en abierta alusión al rodeo que hace precisamente el Biobío en este lugar. Otra versión menos aceptada señala que deriva del pato “Guala”, ave silvestre abundante en la zona y que, por efecto de la pronunciación, se habría castellanizado como Hualqui.



Las angosturas del camino a Hualqui hacia 1838, obra del marino francés Dumont D'Urville.

La estación ferroviaria se veía remozada como producto del proceso de modernización iniciado con el Biotrén hacia el año 2002. No obstante aquellos ajustes, aún permanecía casi intacta la antigua estructura construida hacia 1963, gracias al programa de cooperación “Alianza para el Progreso” impulsado por el gobierno de los Estados Unidos. Como ya era pasado el mediodía decidimos almorzar en una enorme casona de fines del siglo XIX que había sido habilitada como restaurant de comidas típicas llamada “La casa colonial” y que por años albergó un antiguo restaurante frecuentado por ferroviarios conocido como “El tropezón”.



Antigua estación de Hualqui hacia 1957 (foto izquierda) cuando los trenes conectaban a diario la ciudad con Santiago a través del tren nocturno. Asimismo existían itinerarios diarios a Temuco y Valdivia. La llegada de los convoyes marcaban la vida de los hualquinos como si se tratara de un reloj. A la derecha la vieja casona que albergó por décadas el restaurant ferroviario “El Tropezón”.

HUALQUI, PUERTA DE ENTRADA A LA RUTA DEL ORO

Establecida como fortín español en los inicios de la conquista, tuvo desde sus inicios una existencia muy precaria debido a las constantes rebeliones indígenas. Fue fundada más tarde en el s. XVIII por el gobernador Amat y Juniet, bajo el título de villa de San Juan Bautista de Hualqui. Junto con la ciudad de La Concepción del Nuevo Extremo se transformó en la puerta de entrada a la ruta del oro durante el proceso de conquista y colonización de la antigua zona fronteriza, sobre todo por los famosos lavaderos de Quilacoya, ubicados sólo algunos kilómetros hacia el interior y que fueron descubiertos y explotados por los incas y posteriormente por los españoles a partir de mediados del siglo XV. Estos lavaderos siguieron en funcionamiento en forma intermitente a lo largo de los siglos y aún hoy son trabajados de manera artesanal.

Una idea de la riqueza aurífera de esta zona lo entrega el informe de don Juan Egaña al Real Tribunal de Minería en 1803 acerca del Partido de Puchacay y cuya capital era precisamente la villa de Hualqui. En este informe se indica que en esa fecha se encontraban en funcionamiento 36 lavaderos de oro ubicados en distintos riachuelos (o cercas de estos) entre los que destacaban los de Panquegua, Florida, Meseta y Roel. Extrañamente no se mencionan los lavaderos de Quilacoya. Se adjunta en el informe el nombre de 38 propietarios o dueños de las minas, las que rendían entre 20 y 200 pesos anuales de la época. (Juan Egaña, pp. 213 - 214).

Hoy en día Hualqui ha dejado de ser la capital del Partido de Puchacay, convirtiéndose en una comuna y ciudad de fuertes raíces campesinas que ha sabido conservar el encanto de sus tradiciones. Desde su fundación debió enfrentar continuos períodos de crisis que en más de alguna oportunidad hicieron pensar a las autoridades en abandonarla definitivamente. Incluso la tradición popular consigna la existencia de una antigua maldición que pesa sobre ella y sus habitantes, la que al parecer ha ido desapareciendo. Incluso los problemas de atraso hicieron que sus habitantes se rebelaran en cierta oportunidad proclamando a Hualqui como república independiente.



Detalle mural “Historia de Hualqui” de Kemel Nasr ubicado en Avenida “El Águila”, Hualqui 2015.

LEYENDA DE LA MALDICIÓN DE LA MACHI

La “Maldición” tiene su origen en la desgraciada historia de amor protagonizada por los hijos de los caciques del pueblo de Quilacoya y Hualqui, quienes, al no poder cristalizar su amor debido a la tenaz oposición de sus padres, decidieron casarse secretamente para luego lanzarse a las tormentosas aguas del gran Bío Bío convencidos de que sólo la muerte podría unirlos eternamente. Cuenta la leyenda que al momento de lanzarse sobre el río, sus cuerpos se golpearon en unas piedras blancas, las que se tiñeron completamente de rojo con la sangre derramada. Fue entonces que la machi de la tribu de Quilacoya montó en cólera al saber lo sucedido, y en medio de su ira lanzó su famosa maldición a todos los habitantes de Hualqui y sus descendientes diciendo:” Este pueblo no surgirá mientras las piedras no se laven y vuelvan a su color natural: el blanco”.

Y fue así como esta historia corrió de generación en generación a lo largo de los siglos, una historia que ha servido para que los hualquiños justifiquen el prolongado atraso en que estuvo sumergida esta hermosa ciudad por mucho tiempo. Sin embargo, aquella vieja maldición parece haber desaparecido para siempre debido a que hace algunas décadas se encontró y comenzó a explotar al interior de Hualqui un yacimiento de cuarzo, una piedra blanca que de manera simbólica ha logrado borrar lentamente aquellas manchas de sangre de los dos jóvenes enamorados que dieron origen a esta historia. -

LAS LEYENDAS DEL ORO

En nuestro libro *Leyendas y tradiciones de la República de Hualqui*. La obra, procurando mantener un lenguaje ameno y sencillo, recopilamos una treintena de relatos principalmente de raigambre campesina. De algún modo fue el primer indicio concreto de que estábamos en el camino correcto, pues muchas de esas historias se relacionaban con antiguos entierros y tesoros escondidos. Leyendas como “La historia de la olla de oro”, “Quilacoya y sus tres mentiras”, “El cerro o piedra de la costilla”, “El diente de oro”, “El tesoro de don Pedro de Valdivia” y muchas otras testimoniaban el fragor de una época que tuvo en la explotación aurífera una de sus principales actividades.

Sin embargo, una de nuestras mayores sorpresas la encontramos en uno de los relatos más antiguos de este texto: “El cerro o piedra de la costilla”. Allí descubrimos antecedentes de que la explotación del oro en esta zona habría comenzado mucho antes de la llegada de los conquistadores españoles. La narración se fundamenta en las crónicas del Padre Diego de Rosales, quien en su obra *Historia General del Reino de Chile*, escrita en el s. XVII señalaba que a mediados del s. XV el rey Inca Huáscar había enviado tropas a Chile, las que llegaron a orillas del Biobío en el sector de Quilacoya, cerca de la actual ciudad de Hualqui, el mismo lugar donde un siglo más tarde don Pedro de Valdivia descubriría los famosos lavaderos de oro que comenzó a explotar de inmediato. El cronista señala que los incas instalaron allí un centro ceremonial en uno de los cerros más elevados con el fin de ofrecer sacrificios a su rey. Lo interesante es que aún hoy, después de más de 500 años, se pueden encontrar algunos indicios del paso de aquellos grupos incásicos.

LEYENDA DEL CERRO O PIEDRA DE LA COSTILLA

El lugar está constituido por una serie de piedras de gran tamaño, algunas de ellas intencionalmente dispuestas y que presentan extraños dibujos, principalmente rostros y puntos que debieron haber sido hechos con alguna herramienta de gran dureza. Como ya señalamos, la leyenda se sustenta de manera sólida en las crónicas del Padre Diego de Rosales, quien supuestamente la recibió de boca de los indios mapuches que habrían expulsado a los incas hacia el norte.

Rosales señala que hacia el año 1425 los incas tuvieron en Quilacoya una fortaleza "... y allí hay siete piedras a manera de pirámides labradas que fueron puestas por los indios del Perú para hacer la ceremonia llamada Calpa Inca, que se hacía para la salud del rey inca cada año...y así escogían dos niños de edad de 6 años, varón y mujer, y los vestían en traje de inca y los embriagaban y ligaban juntos, y así ligados y vivos los enterraban, diciendo que el pecado que su rey hubiese hecho lo pagaban aquellos inocentes en aquel sacrificio" (Diego de Rosales, p. 339).

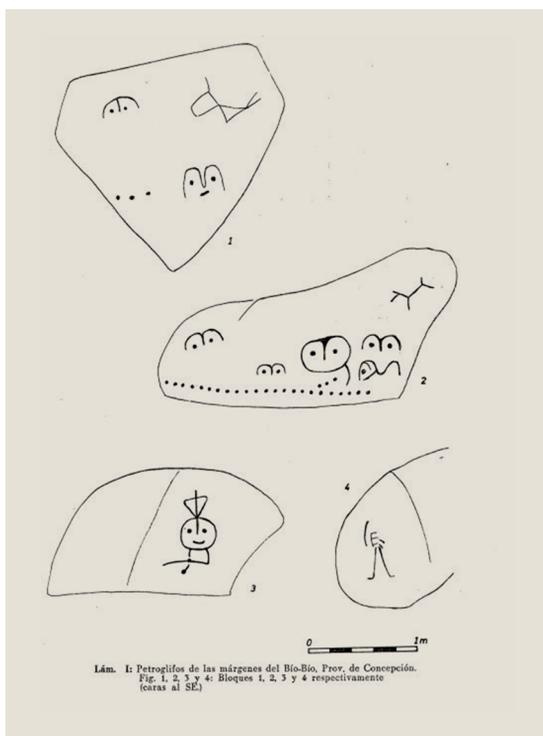


“Pasaron adelante (los incas) y en Quilacoya tuvieron otra fortaleza, y allí hay siete piedras a manera de pirámides labradas que fueron puestas por los indios del Perú para hacer la ceremonia llamada Calpa Inca..” (Diego de Rosales)

Ilustración de Jorge Zurita Pastén.

El “Cerro o Piedra de La Costilla”, lugar donde se encontraron estas evidencias de la presencia inca en la zona, recibe este singular nombre por una piedra grabada con forma de abdomen y que fue desprendida a golpes por algún aventurero que presumiblemente buscaba un tesoro entre los roqueríos. En conversación con algunos lugareños, quienes han visitado en varias oportunidades el lugar, nos señalaron que no obstante ser de difícil acceso, existen indicios de que el sitio ha sido intervenido en reiteradas ocasiones con el afán de encontrar algún tesoro junto a los restos de los niños sacrificados.

Eso explicaría las múltiples excavaciones y grabados realizados en épocas posteriores sobre las mismas piedras o en la corteza de antiguos árboles. Se cuenta que en cierta ocasión uno de estos aventureros intentó mover las piedras con dinamita, destruyendo de esta forma un patrimonio histórico que seguramente guardaba secretos mucho más valiosos que un frío y oculto tesoro que al parecer nunca se ha encontrado.



Transcripción de los petroglifos encontrados de manera dispersa en el cerro La Costilla hacia 1962, realizado por el investigador Luis Villalón W., en su “Informe de los petroglifos de la provincia de Concepción”.

Indagando en petroglifos peruanos, pudimos encontrar una gran similitud entre los encontrados en el Cerro o Piedra de la Costilla con aquellos de la zona de Pusharo, próximos al Cusco en Perú y que fueran descubiertos a comienzos del s. XX, pero que sólo hace algunos años han sido estudiados y protegidos con seriedad. La similitud en las caras acorazonadas y la presencia de puntos en ambos casos, permitiría reforzar la idea de que efectivamente un grupo de indígenas peruanos logró llegar a la zona explotando el oro del río Quilacoya y dejando como evidencia de su paso los misteriosos petroglifos del Cerro de la Costilla.



Detalle de las caras acorazonadas existentes en La Costilla en Hualqui, Chile (izquierda), y los de Pusharo en Perú (derecha). La similitud entre ambos petroglifos confirmarían la presencia inca en la zona de la frontera del Biobío.

EN BUSCA DEL TESORO DE “LA PIEDRA DE LA COSTILLA”

Entre los muchos aventureros que han visitado el Cerro de la Piedra de la Costilla con el fin de encontrar el oro que los incas habrían enterrado bajo aquellas piedras dimos con el paradero de don José Lermanda, un lugareño que vive en Talcamávida, localidad situada a unos 25 kilómetros de Hualqui a orillas del Biobío. A sus 60 años ha vivido innumerables aventuras, una de las cuales se relaciona con las misteriosas formaciones de “La Piedra o Cerro de la Costilla”. Cuando aún era un muchacho fue contratado junto a otros amigos por dos hombres provenientes de Santiago quienes le ofrecieron una buena paga con el fin de que los condujera a la Piedra de la Costilla.

Según relata Lermanda, uno de ellos le comentó que en su viaje desde la capital habían pasado a la catedral de Chillán a buscar valiosa información del lugar. Traían en su equipaje una serie de mapas y planos que parecían muy antiguos. En sus conversaciones diarias mencionaban la existencia de una gran cantidad de oro sepultado bajo las piedras. Cada mañana se

levantaban muy de madrugada con la intención de seguir las sombras que se desprendían de esas formaciones rocosas al recibir los primeros rayos del sol. Marcaban los pasos en distintas direcciones y luego indicaban el lugar donde debían excavar o mover las piedras. Según señala Lermanda, estuvieron trabajando cerca de una semana siguiendo cada una de las indicaciones de aquellos hombres, pero no obtuvieron resultados. Lo curioso es que todo el lugar retumbaba al caminar, como si hubiese algo oculto bajo tierra. Amparado en sus años de experiencia, asegura que el cerro está maldito y asegura que el lugar posee una fuerza misteriosa difícil de entender.

Por su parte, Depolinares Altamirano Soto, un avezado historiador autodidacta de la zona, sostiene que una leyenda confirma la existencia de un tesoro, precisamente las siete cargas de oro que Pedro de Valdivia enterró antes de morir, pero que no estarían allí, sino en un lugar intermedio entre el Cerro de la Costilla y el Cerro Alto.

A esas alturas, y cuando aún ni siquiera iniciábamos nuestro peregrinaje por la ruta del oro, sentíamos que había suficientes fundamentos para afirmar que estábamos en el camino correcto, sobre todo por la tradición oral de los lugareños, llena de cuentos e historias relacionadas con entierros y tesoros.



José Lermanda

“Conocí a un hombre que cuando iba a buscar sus animales al cerro de la Costilla, vio unas tinajas a orillas del camino y cerca de unas rosas silvestres. Al acercarse se percató que estaban llenas de oro y plata. Como no pudo llevárselas, corrió a su casa a buscar una carreta, pero al llegar las tinajas ya no estaban. El hombre debió haber dejado una prenda sobre las tinajas, un pañuelo o un chaleco. Es la única forma de volver a encontrar esos entierros cuando uno vuelve a buscarlos.”.

Relato de la Sra. María Sánchez, sector Ateuco, comuna de Hualqui.

VIAJE AL CERRO DE LA COSTILLA

Habíamos convenido previamente comenzar la exploración de la ruta del oro ese mismo día y la bella ciudad de Hualqui era nuestro punto de partida.

Iniciamos nuestra aventura a bordo de un vehículo todo terreno debidamente equipado para recorrer los caminos y senderos rurales que llegan a la Costilla. Nos acompaña un joven periodista de Concepción, don Manuel Gutiérrez, que había querido unirse a la expedición para conocer y registrar los misteriosos petroglifos con el fin de hacer un reportaje sobre el tema. A sólo un kilómetro de viaje el asfalto es reemplazado por un tortuoso camino de tierra y la vegetación se hace cada vez más densa, pero carece de las especies nativas que registraron los antiguos viajeros. La mayoría lo constituyen bosques de pinos y eucaliptos que muy de vez en cuando dan lugar a un pequeño y ralo sotobosque de especies autóctonas. Al igual que aquellos primeros viajeros, pronto perdemos de vista el gran Biobío. Luego de subir por una serie de pendientes polvorientas nos detuvimos a un costado del camino para conocer la Santa de Piedra, un lugar que ha dado origen a una de las festividades religiosas de mayor popularidad entre los habitantes de la comuna de Hualqui. Cuenta la leyenda que hace muchísimos años un joven campesino que cuidaba animales se encontró casualmente con una hermosa piedra sobre la cual la madre naturaleza había esculpido la figura de una pequeña virgen. El muchacho acudió de inmediato donde la dueña del ganado para mostrarle su descubrimiento. La señora no tardó en limpiarla y hacerle una pequeña gruta para cobijarla y ofrecerla a la oración de los fieles. Sin embargo, con el pasar de los años la propiedad cambió de dueños y debido a su falta de fe la dejaron abandonada a merced de la lluvia y el tiempo. Bastaron un par de meses para encontrarla nuevamente como había sido descubierta por aquel muchacho. Pero nadie imaginó que la suerte de aquella santa iba a cambiar repentinamente.

En efecto, al poco tiempo de ser abandonada, muchos animales se enfermaron y murieron, en tanto que las cosechas dejaron de rendir lo esperado. Todo parecía derrumbarse. Los propietarios se dieron cuenta del error que habían cometido y no tardaron en recoger aquella singular piedra para cuidarla sagradamente. Entonces el campo volvió

a producir y servir de alimento a los numerosos animales. Después de ocurrido estos hechos, la gente de los contornos supo la historia y comenzó a peregrinar hacia aquel lugar para orar y pedirle favores a la Santa de Piedra, convirtiéndose en una tradición que se repite cada 8 de diciembre. Desde Hualqui, Quilacoya, Talcamávida y otros lejanos sectores rurales, la gente acude llena de fe dando lugar a una fiesta popular que ya es parte de la identidad de los hualquinos.



Vale la pena detenerse a conocer la “Santa de Piedra” ubicada a escasos kilómetros de Hualqui y próxima al Cerro de la Costilla. Según la leyenda, fue encontrada por algunos campesinos quienes se dieron cuenta que de su cuidado y veneración dependía la abundancia de frutos que les daría la tierra. Cientos de fieles venidos de todas partes acuden cada 8 de diciembre a peregrinar al lugar para pedir favores a la Santa y agradecer sus bendiciones.

Foto Gentileza Sra. Teresa Ruiz.

Después de unos minutos de descanso y contemplación del lugar reanudamos el viaje rumbo al Cerro de la Costilla. Una serie de pendientes cada vez más abruptas hacen presagiar que el camino no será fácil. Averiguamos que existen otras tres vías alternativas para llegar a nuestro destino, pero cada una de ellas debe enfrentar el desafío de alcanzar la cumbre más alta y eludir las asperezas de una serie de caminos estacionales trazados por las empresas forestales. Transitar por estos lugares sin algún guía resulta sin duda una tarea muy riesgosa.

La época más indicada para visitar el Cerro de la Costilla es a comienzos de otoño, pues los días son más frescos y silenciosos. Como se trata de una zona elevada, es muy común que una espesa neblina inunde aquel santuario de piedras y cubra los añosos árboles, dándole al paisaje un aspecto único. Sin embargo, el día se mostraba prístino y algo cálido, lo que iba a favorecer la observación de los petroglifos y el registro fotográfico de los mismos. Casi sin darnos cuenta nos introducimos en un camino secundario que se habría pasado por un bosque de pinos de escasos años.

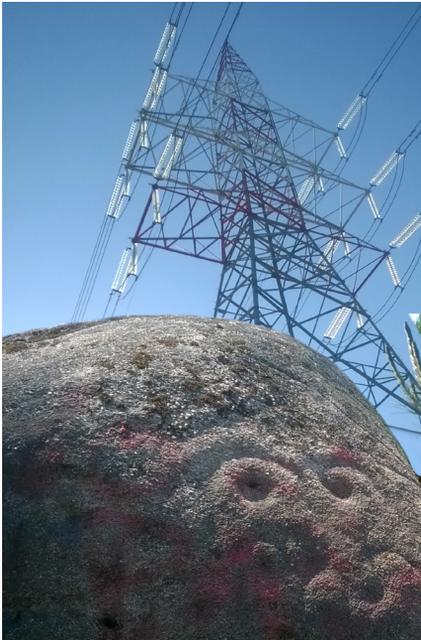
De pronto, semejando inmensas panzas grises brotando desde la tierra aparecieron las primeras piedras de lo que era el conjunto megalítico del Cerro de la Costilla. Sin duda un paisaje atípico y misterioso. De alguna forma los movimientos tectónicos y la incesante erosión producida por el agua y los vientos habían modelado durante millones de años aquel paisaje que terminó por cautivarnos. De inmediato nos bajamos ansiosos por contemplar aquellas formas que se nos presentaban ante nuestra vista, pero de inmediato sentimos la decepción de encontrarnos cerca de allí con una torre de alta tensión procedente del complejo termoeléctrico de Coronel. Aún impávidos y mudos, sentíamos la impotencia de quienes saben que poco o nada se puede hacer

frente a la constante amenaza de los proyectos energéticos sobre sitios patrimoniales que por alguna razón no son considerados en los estudios de impacto.

De algún modo nos sentíamos culpables de no haber llegado a tiempo para impedir que los intereses económicos intervinieran un lugar que sin duda posee un enorme valor patrimonial

Una torre de alta tensión se ha instalado casi encima del Cerro de la Costilla.

Foto del autor, octubre de 2011.



y que constituye tal vez el primer hito en la formación de la ruta del oro en la antigua frontera del Biobío. Nos enteramos que hace un tiempo hubo conversaciones entre algunas instituciones involucradas en el tema con el fin de hacer los estudios para declarar al Cerro de la Costilla como monumento nacional. En dichos encuentros habían participado representantes del municipio junto a la empresa forestal Celco, dueña de los terrenos, la que se mostró muy proclive a proteger el lugar; miembros del Museo de Historia Natural de Concepción y directivos del Consejo de Monumentos Nacionales, quienes se comprometieron a realizar una investigación en terreno y un registro detallado de los petroglifos para emitir posteriormente un informe que permita proteger el sitio. Sin embargo, al definir las prioridades en materia de protección del patrimonio nacional, las conversaciones y trámites suelen cobrar un ritmo poco auspicioso.

Ya enterados de estos detalles, nos concentramos en disponer de lo que quedaba del día para conocer y apreciar este interesante sitio. Diseminados en un campo de unos 150 metros y a orillas de un profundo acantilado, fuimos descubriendo cada uno de los inmensos bloques de piedra sobre los cuales, bajo una delgada capa de musgo, descubrimos los misteriosos petroglifos. Se distinguían tres rostros con formas acorazonadas y de ojos profundos, como asimismo una línea de puntos que supuestamente intentaban dar alguna pista sobre el lugar. Dos fechas grabadas sobre las piedras, 1845 y 1919, daban fe del inusitado interés que ha provocado el lugar en distintas épocas. Uno de nuestros acompañantes nos señaló el punto preciso donde estuvo la pirámide de piedras construida por los incas para sus ceremonias y que ahora se encontraba destruida. Nos sorprendió la enorme cantidad de fosos y excavaciones realizadas por antiguos visitantes, seguramente atraídos por el oro que habrían enterrado los indios junto a sus sacrificios. Cada uno de nosotros se dio tiempo para apreciar y recorrer el sitio en forma individual por unas dos horas, tiempo en el cual pude sentir que efectivamente el lugar tenía algo de místico. De alguna forma estaba conectándome con una de las principales culturas americanas que logró llegar a esta zona hace casi seis siglos, dejando un legado que lamentablemente no hemos podido valorar ni tampoco cuidar. El oro que supuestamente lograron extraer durante el poco tiempo que estuvieron en la zona debió ser usado en sus ceremonias religiosas y en los sacrificios que realizaron, y ha

sido la excusa para que innumerables aventureros alteren el sitio destruyendo un legado patrimonial que es urgente rescatar.



Excavaciones como esta dan fe de la ambición por encontrar un tesoro.

La famosa piedra de la Costilla fotografiada en 1925 por Luis de La Cerda

Uno de los tantos aventureros inmortalizó su paso por el lugar hacia 1918.

Misteriosas figuras talladas en las rocas parecen mirar a los viajeros como si vigilaran celosamente algún tesoro.

Al caer la tarde nos reencontramos en la parte más elevada de aquel promontorio bajo el cual los enormes bloques de piedra daban paso a un peligroso acantilado. Desde ese lugar se podía apreciar en toda su magnitud el valle de Hualqui y, como telón de fondo, el her-

moso Biobío corriendo lentamente entre los boscosos cerros de la cordillera de la Costa. En una de las rocas superiores pudimos advertir la presencia de un jote muy joven al cual, no obstante nuestra proximidad, no le causaba ninguna incomodidad nuestra presencia. Lo vimos abrir y cerrar sus alas un par de veces, hasta que por fin logró emprender el vuelo con algo de dificultad. La gran cantidad de plumas y estiércol de estas aves que se esparcían sobre las rocas demostraban que aquel promontorio servía desde hace algún tiempo como lugar para que aquellas aves se iniciaran en el arte del vuelo.

Establecidos sobre aquellas alturas pudimos observar la majestuosidad de aquel paisaje, el cual se prolongaba incluso hasta algunas cumbres de los Andes, especialmente el volcán Chillán y el Antuco. Intercambiamos un largo rato nuestras impresiones del lugar mientras el jote giraba plácidamente en lo alto de nuestras cabezas como si vigilara nuestros movimientos. Compartimos nuestra merienda y luego decidimos regresar a Hualqui con la conformidad de haber conocido uno de los lugares de mayor valor patrimonial de la zona y que aún era desconocido para la gran mayoría.

El sol ya se perdía tras los cerros y al alejarnos pude observar la silueta de aquellas enormes piedras en cuyas paredes los incas dejaron rastros de su cultura a través de los misteriosos petroglifos. Pero también observé la silueta de aquella enorme torre de alta tensión como mudo testimonio de la indiferencia del mundo moderno que no trepida en intervenir nuestro patrimonio a cambio de un mal entendido progreso económico.

De regreso en Hualqui nos alojamos en la casa de unos familiares, quien amablemente nos tenía preparada una cena que duró hasta altas horas de la madrugada. Al día siguiente habíamos acordado salir hacia Quilacoya en busca del lugar donde don Pedro de Valdivia explotó los famosos lavaderos de oro, poco después de fundar la ciudad de Concepción en lo que es actualmente Penco. De esos famosos lavaderos que hicieron exclamar al gobernador “desde ahora soy señor”, poco o nada ha quedado, no obstante la proliferación de historias y leyendas que intentaremos rescatar en nuestro viaje por redescubrir la ruta del oro en la antigua frontera del Biobío.

Como hemos señalado precedentemente, desde su fundación la ciudad de Concepción se convirtió en un punto estratégico destinado a proseguir la conquista al sur del Biobío. A pesar de sus escasos hombres y recursos, el gobernador no tardó en adentrarse en dichas tierras y fundar nuevas ciudades y fuertes en medio de una zona que más tarde sería el escenario de una cruenta guerra. Junto con ello se preocupó de inmediato en buscar lugares donde hubiera oro en abundancia con el fin de financiar sus gastos y atraer a nuevas huestes de españoles. Algunos cronistas se refieren a esta intensa búsqueda, la que no tardó en dar frutos como consecuencia de las noticias que les proporcionaron los propios indios acerca de la llegada de los incas al cerro de la Costilla un siglo antes. De esta forma se logró dar con los lavaderos del río Quilacoya hacia 1552.



Comienza la búsqueda de lavaderos y minas de oro. Los indígenas informan a los españoles acerca de la existencia del preciado metal en el río Quilacoya. Mural obra de Kemel Nasr.

Entre las crónicas de la época y aquellas posteriores existe una abundante información respecto de esta primera etapa en la extracción de oro en la antigua frontera del Biobío. Así por ejemplo Diego de Rosales señalaba al respecto que en ese tiempo “...se puso cuidado en todas partes en catear la tierra y descubrir minas de oro, y se hallaron algunas riquísimas, particularmente en Quilacoya...” (Diego de Rosales, p. 339).

El cronista Pedro de Córdova y Figueroa señalaba también sobre el particular que después que Valdivia envió en busca de oro “...volvieron los emisarios gozosos por la descubierta que habían hecho y que demostraban ser muy ricas, principalmente las de Quilacoya, cuya noticia la celebraron los españoles con demostraciones singulares de alegría” (Pedro de Córdova y Figueroa, p. 54).



Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile entre 1540-1553.

Óleo de Francisco Mandiola, Biblioteca Nacional

Una vez descubierto el oro en Quilacoya, Valdivia se preocupó personalmente de iniciar los trabajos en los lavaderos acompañado por un buen contingente de soldados. Según la voluntad del rey de España, los conquistadores tenían el derecho de cobrar a todos los indígenas un tributo que debía ser pagado en dinero, especies o trabajo directo como una forma de compensación a los méritos y sacrificios realizados en estas alejadas tierras. Como los naturales no disponían de dinero ni grandes bienes, entonces debieron pagar con su trabajo, y una de las alternativas era lavando las arenas de los riachuelos para obtener oro.



Vista del Biobío desde el antiguo camino de la cuesta.

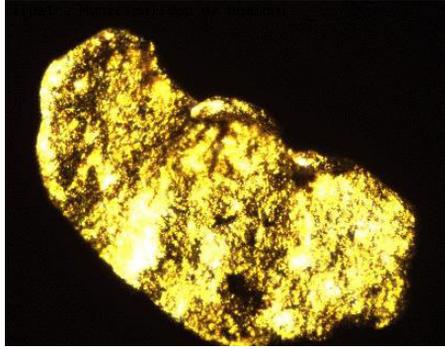
Curso superior del río Quilacoya donde Valdivia explotó sus famosos lavaderos de oro.

La historia descansa mansamente a orillas de la ruta de oro.

“Chayado” de las arenas del río Quilacoya en busca del preciado metal.

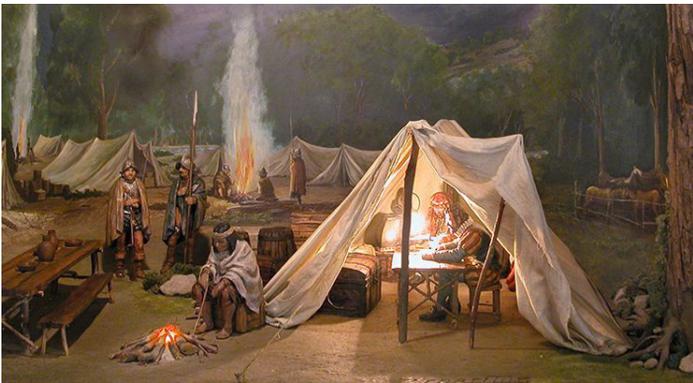
Según señala Vicuña Mackenna en su obra *La edad del oro en Chile*, el metal era abundantísimo en aquel siglo, y aún en los tiempos que escribía (fines del siglo XIX) mucha gente sacaba oro, salvo que se hallaba diseminado en moléculas muy diminutas y difíciles de amalgamar y recoger. Lo señalado por este historiador tiene validez hasta el día de hoy por cuanto al recorrer los sinuosos caminos y senderos de la ruta del oro aún se pueden encontrar personas que se aventuran por los riachuelos con el fin de lavar las arenas sin mayor dificultad y sacar algunos gramos del preciado metal con las mismas herramientas de antaño. No es preciso saber mucho. Sólo se requiere un poco de paciencia y esfuerzo para obtener un par de pepitas que, al cabo de un tiempo, se

pueden vender a intermediarios locales o directamente en las joyerías de Concepción. Pero eso ocurre muy ocasionalmente, pues al decir de mucha gente, siempre es necesario tener un poco de suerte para dar con un buen manto de oro.



Las pepitas de oro de gran tamaño encontradas en la zona han sido poco usuales. Sin embargo, su hallazgo ha provocado en distintas épocas breves períodos de fiebre aurífera.

En tiempos de don Pedro de Valdivia el asunto era muy distinto. En primer lugar, había más abundancia de oro pues las arenas no habían sido explotadas, a excepción del breve período de ocupación inca en el “Cerro de la Costilla” y, en segundo término, existía suficiente mano de obra entre los indígenas para el trabajo en los lavaderos, el cual se hacía en cierto modo de manera forzada y a muy bajo costo a través del sistema de encomienda creado por los españoles.



Ercilla en el campamento escribiendo *La Araucana*.
Diorama de Zerreitug, en la Galería de la Historia de Concepción

“Lo que puedo decir con verdad de la bondad de esta tierra es que cuanto vasallos de V.M. están en ellas y han visto la Nueva España, dicen ser mucho más cantidad de gente que la de allá: es todo un pueblo y una sementera y una mina de oro” (Carta de P. de Valdivia al rey, Concepción, 25 sept. de 1551).

El número de indígenas que hizo trabajar Valdivia en Quilacoya como asimismo la cantidad de oro sacado de allí es muy difícil de determinar. El cronista Góngora y Marmolejo hablaba de que en aquel tiempo había 800 indios sacando oro. Distinta es la visión de don Pedro de Córdova y Figueroa, quien muchos años después visitó la zona de los lavaderos, señalando que donde hubo más actividad aurífera fue en Quilacoya “...cuyo dilatado espacio está trasegado y desentrañado, y bien se ve que aquella fue obra de diez y seis a veinte mil indios que allí tuvo Valdivia, quienes le pagaban el tributo en oro” (p. 32).

Cualquiera sea la verdad, lo cierto es que el Gobernador quedó extasiado con la riqueza encontrada allí. Así lo confirma el cronista Góngora y Marmolejo al señalar que en cierta ocasión los indios le trajeron al gobernador una batea llena de oro “...este oro le sacaron los indios en breves días. Valdivia habiéndolo visto no dijo más, según me dijeron los que se hallaban presentes, de estas palabras: “Desde ahora comienzo a ser señor” (Alonso de Góngora Marmolejo, pp. 33 - 34).

Existen antecedentes aún más increíbles sobre el particular, como el del padre jesuita Alonso de Ovalle en su *Histórica relación del Reino de Chile*, quien escribía durante la primera mitad del s. XVII que “... la gran riqueza (de oro) que han sacado los españoles de estas minas es tanta, que oí decir a mis mayores que en los banquetes y bodas ponían en los saleros en lugar de sal oro en polvo, y que cuando barrían las casas, hallaban los muchachos pepitas de oro en la basura lavándolo en las acequias” (p.10).

Es probable que esta evidente exageración de los hechos obedece a la natural intención de atraer a más colonos al reino de Chile y de este modo consolidar la conquista y evangelización de un territorio tan extenso como indomable.

EL TRABAJO EN LOS LAVADEROS

A diferencia de las modernas técnicas de extracción aurífera que existen actualmente, durante los siglos de la conquista y la colonia era imprescindible contar con un elemento básico para obtener el oro de la naturaleza: el agua. De su escasez o abundancia dependía la explotación. En tal sentido las minas situadas al norte de Santiago, que se caracterizaban por la escasez de este elemento, debían esperar la temporada de lluvias para su explotación, es decir entre los meses de abril a septiembre. En cambio en la zona de Concepción, más abundante en agua, el período de explotación se concentraba entre octubre y marzo, meses en que las mejores condiciones climáticas permitían el trabajo en los diferentes ríos y arroyos que bajaban su caudal. Sin embargo, debido a la codicia de los conquistadores era usual que los trabajos se prolongaran hasta por 8 meses, como lo indica el gobernador Bravo de Saravia hacia 1568 quien señalaba que para financiar los gastos de su gobierno le “...han ofrecido (los encomenderos) todo lo que se sacare en un mes de los ocho que echan los indios a las minas y lavaderos...” (José Toribio Medina, CHCh, Tomo 1, pág. 115). Se llamaban lavaderos porque era necesario lavar las arenas para separarlas del oro mediante un trabajo que solía ser muy rudimentario. Las herramientas se reducían a una chaya o batea hecha principalmente de álamo, madera blanda para tallar y además liviana para un trabajo que muchas veces se realizaba de sol a sol. Mediante palas se buscaban las arenas auríferas en medio del río y luego se lavaban en la batea realizando movimientos circulares que permitían eliminar gradualmente las piedras y dejar finalmente las pepitas de oro en el fondo.

El Abate Molina describe este procedimiento a fines del s. XVIII con algunas modificaciones, señalando que el trabajo en los lavaderos se reducía “... a recoger la arena o la tierra cargada de moléculas o pajillas de oro que echan después en una naveta de cuerno llamada poruña, que ponen debajo de una corriente de agua de algún arroyo agitándola continuamente con el fin de que subiendo arriba la arena, se deslice y escape de la naveta dejando como más pesado en el fondo el oro casi puro.” Molina señalaba además que este método a veces no era muy conveniente “...porque es imposible que dejen de perderse muchas partecillas metálicas que por su poco peso se irán con el

agua entre la arena.” Por eso era conveniente “...hacer estos lavados sobre planos inclinados, cubiertos de zaleas (cueros) de carnero bien extendidos para que se enredase el oro en sus lanas.” Pero a pesar de estos inconvenientes Molina agregaba que “...a veces la utilidad era exorbitante, hallándose entre las arenas lavadas pedazos de oro que los naturales llaman pepitas, aunque lo más general es recogerlo en polvos y en granillos pequeños redondos y lenticulares, que juntan en bolsas de los escrotos de los carneros...y que llevan a vender a las ciudades donde es más apetecido y mejor pagado” (Juan Ignacio Molina, pp. 116 - 117).



En la actualidad el sistema de extracción de oro en la zona no ha variado mucho. La batea o chaya sigue utilizándose para la búsqueda de lugares apropiados para trabajar (izquierda). Una vez que se da con arenas ricas en el preciado metal, se instalan canoas de madera o metal (derecha) mediante las cuales es posible lavar mayores volúmenes de material y obtener un mejor rendimiento.

La codicia de los conquistadores por hacer trabajar de manera abusiva a los indios en los lavaderos traía aparejado otro problema: los constantes intentos de rebelión. Carentes de una legislación, los pobres indígenas eran obligados a trabajar extensas jornadas lavando en sus bateas de palo el cascajo de los esteros “...sin más salario que el látigo y sin más alimento que un puñado de maíz tostado” (Benjamín Vicuña Mackenna, p. 17). Es por eso que en una de las visitas que realizó el gobernador don Pedro de Valdivia a los lavaderos de Quilacoja, y viendo la gran cantidad de indios, mandó hacer un fuerte donde pudieran estar seguros los españoles que cuidaban los trabajos. En realidad, Valdivia se dirigía al fuerte de Tucapel con el fin de socorrerlo pues había recibido noticias de que los indios lo tenían sitiado.

“...salió el mismo domingo a vísperas con 36 hombres (de Concepción) y fue a las minas que están cinco leguas de esta ciudad que se dice Quillacuay (Quilacoya) donde estuvo ocho días a causa de hacer un fuerte en que quedaran seguros los españoles que andaban con los indios sacando oro, que serían 50 españoles y más de 12 mil indios” (Jerónimo de Vivar, p. 169).

Sin embargo, el gobernador estaba más preocupado de los últimos acontecimientos que del abundante oro que había en Quilacoya. Así lo manifiesta el cronista Pedro Mariño de Lovera que fue uno de los españoles que salió con Valdivia desde Concepción a Quilacoya. “Aquella misma mañana, confirmando la melancolía de Valdivia en que llegó a las minas, trajo el mayordomo del gobernador llamado Rodrigo Volante una fuente llena de plata con seis libras de oro en polvo, y se la pasó delante diciendo que aquel oro habían sacado sus indios el día antes... más él estaba tan amargo que no le alegró el corazón.” (Mariño de Lovera, Pedro, Crónica del Reino de Chile, pág. 152).

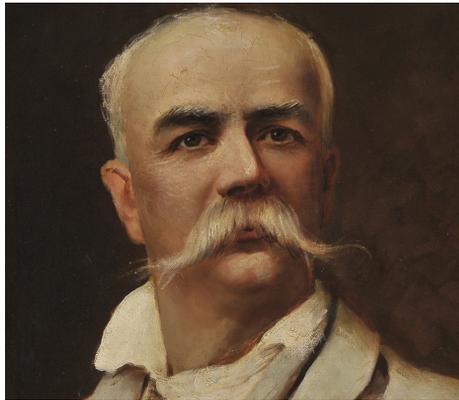
Mariño de Lovera, que presenció todo esto, se quedó en Quilacoya cuidando las faenas y por eso no siguió a Tucapel donde en definitiva el gobernador perdería la vida.

Alonso de Ercilla y Zúñiga en La Araucana señala que el camino que generalmente tomaba Valdivia para atravesar la frontera del Biobío e ir a visitar los fuertes, entre ellos el de Tucapel, era el que actualmente coincide con los puentes que unen la ciudad de Concepción y San Pedro de la Paz, para lo cual se utilizaban improvisadas barcas. Sin embargo, como en aquella ocasión el Gobernador decidió visitar primero sus minas de Quilacoya, optó por cruzar el gran río por el vado de Talcamávida lo que, según Ercilla, decidió su muerte en Tucapel días después.

*“Pero dejó el camino provechoso,
y descuidado dél, torció la vía,
metiéndose por otro codicioso
que era donde una mina de oro había:
Y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecía,
paró de la codicia embarazado,*

*cortando el hilo próspero del hado.
Más el metal goloso que sacaba
le tuvo a la sazón embebecido
después salió de allí, y se apresuraba
cuando fuera mejor no haber salido.
(La Araucana, Canto II).*

Efectivamente, entre el 18 y 19 de diciembre de 1553 el Gobernador sale de Quilacoya dejando las minas custodiadas y cruza el Biobío por el vado de Talcamávida internándose en las serranías de Catiray en dirección a Arauco y Tucapel, donde encontrará finalmente la muerte a manos de Lautaro. La noticia de este desastre provocó que los indígenas se sublevaran a lo largo de toda la zona de la frontera, abandonando los lavaderos y obligando a los españoles a repliegarse hacia el norte.



Benjamín Vicuña Mackenna, destacado político e historiador chileno. En 1881 publicó *La edad del oro en Chile*, una obra imprescindible para quienes deseen profundizar acerca del tema.

Siglos más tarde, a fines del s. XIX, Vicuña Mackenna hace referencia al fuerte que dejó Valdivia en las minas de Quilacoya, basado en una visita que hicieron unos amigos suyos hacia el año 1879, entusiasmados por las leyendas del oro que en esa época circulaban profusamente en el país y para reconocer los vestigios de las minas. Los amigos de Vicuña Mackenna se encontraron con interesantes indicios sobre el particular. Veamos lo que nos relata acerca de aquel viaje:

“En mayo de 1879 algunos de mis amigos del sur...se dirigieron a reconocer los vestigios de las minas de Quilacoya, y he aquí lo que uno de ellos nos decía en carta de Chillán, junio 4 de 1879: El estero de Quilacoya nace en la cima de la montaña de la costa y, después de recorrer cinco leguas por inmensas pendientes y pasar al pié de altos cerros todos auríferos, desemboca en el Bío Bío. Se tiene evidencia que lo que se llama vega de Quilacoya está compuesta de arenas auríferas...Hace algún tiempo que a don Manuel Barragán se le ocurrió hacer un pique en la ribera del río, y a los doce metros encontró palas gruesas y trabajadas con serrucho, y bajo esas palas, cieno de mal olor. Este trabajo estaba ubicado frente al fuerte de don Pedro de Valdivia.

Existen todavía los fosos del fuerte de Valdivia y los perales que circundaban el castillo. Existe también el rasgo de un canal que sacaron sobre los cerros. Y como para decir a los codiciosos y viajeros que en aquella tierra también se muere, existe aún una cruz sobre la tumba de alguno de los compañeros del conquistador, conservada por los moradores de aquella comarca con respetuoso cuidado”

Benjamín Vicuña Mackenna, *La Edad del Oro en Chile*, pp. 101-102.



Las Vegas de Quilacoya, lugar donde Valdivia sacó oro y construyó un fuerte en el s. XVI El tiempo se ha encargado de borrar todo rastro de los lavaderos.

En la actualidad resulta muy difícil encontrar señales de los lavaderos aludidos por estos viajeros, pues el “fuerte” que construyó el Gobernador era sólo una frágil empalizada imposible de resistir el embate de los indios y menos aún el paso del tiempo. No así los fosos del mismo fuerte que según los amigos de Vicuña Mackenna aún permanecían a fines del s. XIX y que en una visita que realizamos al lugar fue imposible encontrar. Por lo demás, la extracción del oro por parte de los indios que trabajaban para Valdivia fue breve y no hubo tiempo para consolidar las labores a través de construcciones más permanentes y sólidas. La insurrección indígena provocada por los maltratos a que eran sometidos los naturales y la muerte del gobernador en Tucapel, en 1553, luego de visitar las minas de Quilacoya, obligaron a abandonar los trabajos.

Sin embargo, al recorrer la zona es posible encontrar algunos indicios que nos hacen recordar el esplendor de aquella época dorada. Los lugareños aún sacan oro del mismo modo como lo hicieron los viejos conquistadores, es decir, con chayas y bateas que ellos mismos construyen y que en ocasiones suelen ser de metal. Supimos de una antigua familia hualquina que ha sido propietaria por largos años de vastos sectores donde supuestamente estuvieron los lavaderos de oro de don Pedro de Valdivia. Al visitarlos, pudimos conocer algunos objetos relacionados con la explotación de este preciado metal en aquel lugar. Uno de los más interesantes corresponde a una serie de medidas destinadas a pesar el oro, en una época de explotación posterior al auge que alcanzó en el siglo XVI, como asimismo herramientas que supuestamente pertenecieron a los indígenas que trabajaron allí.



Ingenioso sistema de medidas destinadas a pesar el oro que se extraía en el estero Millahue.

MILLAHUE, LUGAR DONDE HAY ORO

Al interior de la comuna de Hualqui corre un estero que es tributario del Quilacoya y cuyo nombre de origen indígena es muy elocuente: “Millahue”, es decir, lugar donde se encuentra oro (milla: oro, hue: lugar). Desde época muy antigua la gente de los contornos ha extraído ocasionalmente el preciado metal desde el riachuelo. Incluso en la década de 1980 el gobierno de aquel entonces impulsó a través de la ENAMI algunos planes auríferos en los ríos y esteros de la zona que históricamente habían sido explotados desde los inicios de la conquista.

En Hualqui pudimos contactarnos con uno de esos viejos buscadores de oro de aquel tiempo: don José Belarmino Padilla Fernández. Don José tuvo a su cargo una cuadrilla de diez trabajadores en el sector Millahue, epicentro del plan aurífero de esa época. El proyecto incluía la entrega de palas, chayas, canoas, picotas, botas, carpas, sacos de dormir y una moto bomba para succionar el agua del río y lavar con mayor rapidez el oro en las canoas. El metal extraído se reunía y se vendía usualmente en las joyerías de Concepción, asignándoles un porcentaje a cada trabajador. Don José nos señaló que aprender el oficio de lavar las arenas le resultó relativamente sencillo, pero había que armarse de mucha paciencia, sobre todo cuando no se encontraban buenos depósitos. El trabajo sólo le permitió sobrevivir en una década en que el país atravesaba una gran crisis económica, pero en ningún caso se hizo un hombre rico. Como en todas las cosas, sólo unos pocos tuvieron la suerte de su lado y pudieron extraer algunas pepitas que les permitieron soñar por un tiempo.

Entre tantas desventuras se da tiempo para narrarnos algunas historias que nacieron al alero del descanso nocturno después de cada agotadora jornada. Cuenta que en cierta oportunidad estaban sentados en la noche alrededor de una fogata cuando repentinamente escucharon un ruido en el río. Sorprendidos, tomaron sus linternas y fueron a ver lo que pasaba. Con alivio se dieron cuenta que se trataba de un enorme pez que trataba de subir río arriba. Se sacaron los zapatos y se lanzaron en medio de la corriente para atraparlo, pero misteriosamente el enorme pez desapareció. Eso les ocurrió dos noches seguidas. Al tercer día pasó un hombre a caballo y les dijo que nunca iban a atrapar ese pez porque era el mismísimo diablo que cuidaba el oro del río.



Don Belarmino Padilla en plena faena de extracción del material observando las pepitas de oro de su chaya.

Gentileza familia Padilla, 1980.

Los buscadores de oro con frecuencia se encuentran con turistas a quienes les enseñan la forma de extraer el preciado metal. Niños “jugando” a sacar oro con una chaya en el sector de Nereo, en el curso superior del río Quilacoya.

Gentileza del profesor de la escuela rural de Redolino don René Ibáñez Méndez, Hualqui, año 1982.

LEYENDA DEL TESORO DE VALDIVIA

En la tradición oral de los habitantes de la comuna de Hualqui podemos encontrar una serie de historias y relatos que dan testimonio de la existencia en el pasado de una rica producción aurífera en la zona, principalmente durante el gobierno de Valdivia y en tiempos posteriores. En el libro *Leyendas y tradiciones de la República de Hualqui*, escrito por el profesor Luis Espinoza, encontramos un interesante relato acerca del “Tesoro de don Pedro de Valdivia” que tiene su asidero en la inmensa fortuna que logró acumular el gobernador gracias a la explotación de los lavaderos de Quilacoya. Pero, cabe preguntarnos ¿Qué pasó con la inmensa riqueza acumulada por don Pedro de Valdivia en las minas de Quilacoya?



Algunos cronistas señalan que luego de ser capturado en Tucapel, Valdivia fue obligado a beber oro derretido (Grabado del s. XIX)

Benjamín Vicuña Mackenna en su libro *La Edad del Oro en Chile*, da algunas luces de lo que ocurrió con esa fortuna, al señalar que “... después de la muerte de Valdivia, las opulentísimas minas de Quilacoya, que en un día natural rendían hasta dos quintales de oro, según lo afirma quien lo viera y lo pesara, fueron precipitadamente desamparadas y no quedó de ellas más memoria que la de dos botijas que junto a unos perales enterró uno de los mayordomos de Valdivia al huir, y que más tarde misterio de encantadores transmutaron de lugar y de sepultura para hacer perder la huella a los ávidos cristianos” (p. 101).

¿Hubo realmente un tesoro? No cabe duda que así fue, aunque Valdivia no pudo disfrutar de él, ni tampoco ninguno de sus compañeros, pues el tiempo se encargó de borrar todo indicio acerca de su existencia, pero no pudo borrar la leyenda que de allí nació.

Otra interesante historia que recrea la época gloriosa de las minas de Quilacoya hace alusión al significado del nombre del lugar y se relaciona con la visita que hiciera el gobernador a los lavaderos antes de morir, dejando sólo un par de hombres para su custodia. He aquí este interesante relato:

LA LEYENDA DE QUILACOYA ¿TRES ROBLES O TRES MENTIRAS?

Existen tres versiones acerca del significado de Quilacoya. La primera de ellas se traduce como “Tres robles” (quila: tres, coila: roble). La segunda plantea que significaría “Tres princesas” (quila: tres, coya: princesa), pero un antiguo relato señala que su verdadero significado sería “tres mentiras”. La historia es la siguiente:

A los pocos días de que el gobernador Valdivia abandonara los lavaderos, los indios que trabajaban allí comenzaron a dar señales de sublevación. Para revertir el escaso número de españoles que cuidaban las faenas, el capitán español a cargo del lugar ideó un ingenioso plan que consistía en hacer desfilar a sus escasos hombres para atemorizar a los indios. Repartió entre los aborígenes algunas vasijas de mudai (chicha de maíz), y aprovechando la oscuridad de la noche y los arbustos cercanos, les ordenó a sus soldados desfilar en círculo alrededor de los matorrales con el fin de que aparentaran una superioridad numérica. De ese modo cada soldado debía desfilar en tres oportunidades, poniendo cuidado de no ser descubierto.

Sin embargo, en el segundo intento uno de los indígenas saltó de entre los cuerpos de sus compañeros y comenzó a gritar: ¡Coila, coila, coila...!, es decir, mentira, mentira, mentira. Los soldados continuaron desfilando disciplinadamente ignorando los gritos de aquel indígena, mientras se perdían en la oscuridad de los matorrales.

- ¡ Coila, coila, coila...! - insistió poco después y con más energía aquel indígena cuando los vio pasar por tercera vez, apuntando en forma amenazante a uno de los soldados que desfilaba. El resto de los indios, embriagados con el mudai, hicieron caso omiso de los gritos de su compañero, cuyas palabras terminaron perdiéndose en la espesura de la selva araucana.

Nadie se dio cuenta, más que el indio de negros cabellos, acerca de aquel engaño, pues entre las filas españolas se destacaba un soldado calvo que no podía pasar desapercibido, más aún cuando le brillaba el cuero cabelludo cada vez que pasaba ante las fogatas. El capitán no había considerado esa particularidad que en un momento dado hizo peligrar su treta. Para fortuna de ellos, el desesperado indígena no logró alertar a sus compañeros y los españoles se salvaron gracias a sus “tres mentiras”, es decir, “quila-coila”.



La escasa tropa desfiló en tres oportunidades con el fin de aparentar ser más numerosos

Ilustración de Jorge Zurita Pastén en el libro de comics *Leyendas de Hualqui*, editado por la I. Municipalidad de Hualqui, 2012.

Esta historia se conoció y se difundió de generación en generación, y para muchos habitantes de Quilacoya ha servido para explicar el verdadero origen del nombre de su pueblo, es decir “Tres Mentiras”(Luis Espinoza, Luis: “*Leyendas y tradiciones de la República de Hualqui*” p. 25).

EN EL RIO QUILACOYA

Esa tarde, después de conocer las historias relacionadas con los lavaderos de oro que tuvo Valdivia en el s. XVI, tomamos rumbo hacia el río Quilacoya en la busca de algunos indicios acerca de las faenas auríferas y el fuerte que construyó el gobernador para el resguardo de las minas. Nuestras esperanzas se basaban en las descripciones que hicieran a fines del s. XIX aquellos amigos de don Benjamín Vicuña Mackenna, cuando visitaron Quilacoya dejando registradas sus impresiones en la obra *La Edad del oro en Chile*.

El camino seguía el vaivén de las montañas cercanas alejándose del gran Biobío. Recordé entonces el viaje que hizo el doctor Aquinas Ried, hacia 1847, utilizando este mismo camino cuando iba rumbo a la zona de la Araucanía: “Al salir de Hualqui el camino atraviesa la cordillera de la costa...Constantemente uno se ocupa en caracolear, subir y bajar un laberinto de cerros. El viajero se siente perdido en medio de un desorden interminable de subidas y bajadas... En muchas partes encontramos grandes grietas abiertas de doscientos o trescientos pies de profundidad que orillan el camino y amenazan destruirlo en el próximo aguacero. Cruzamos varios arroyos, de los cuales el principal es el Quilacoya, que pasa por una hermosa hacienda del mismo nombre”(Aquinas Ried, p. 7).

Hoy en día las dificultades del viaje ya no son tales, pero aún siguen existiendo los caminos de tierra sumergidos entre los cerros y quebradas cubiertas de vegetación, conservando de algún modo el romanticismo de los viajes de antaño. Por lo menos el polvo es el mismo de aquel entonces, tal vez más pródigo por el paso raudo de los vehículos forestales. Es por eso que la creatividad popular ha denominado ocasionalmente a esta vía como la “Ruta del polvo”. Pocos caballos transitan hoy en día por estos caminos, y menos aún las tradicionales carretas tiradas por bueyes. Lo que antaño fue un símbolo de la vida campesina de la comu-

na de Hualqui, hoy sólo es un vago recuerdo que ha sido reemplazado por el tráfico de las camionetas que llevan leña, carbón y productos agrícolas a las distintas ferias locales.

Seguimos, pues, subiendo las boscosas colinas dejando a nuestro paso una densa estela de polvo. De pronto aparecen a nuestra vista algunas casas patronales que se arriman a un retazo de calle asfaltada, dando forma a un pintoresco caserío. Sin duda en el pasado el polvo debió ser un gran problema para los habitantes del lugar. El nombre del sector no daba para mayores comentarios: “la calle”.

Unos metros más allá dejamos el asfalto para montarnos nuevamente sobre el pedregoso camino de tierra. Nos llama la atención un letrero que anunciaba “empanadas de horno”. Nos detuvimos para obtener información acerca de los lavaderos de oro y para probar aquellas delicias de campo a que nos invitaba el anuncio. Entramos hasta una rústica casa rodeada de plantas de frutillas y tomates y de cuyas paredes colgaban algunas ristras de ají y cebollas. Bajo un parrón de uva Italia retozaba un perro que no parecía molestarse por nuestra presencia ni por el constante piar de un par de graciosas gallinas coyoncas. Estas aves son muy raras por su pequeño tamaño y el denso plumaje que tienen en sus patas. Arrimados a la casa, un par de zapallos continuaban madurando a la luz del sol. Al acercarnos sorprendimos a la dueña literalmente con las manos en la masa.

Era doña Olga, dueña del pequeño predio quien, junto a su marido don Sergio Pérez estaban empeñados en consolidar su negocio aprovechando el creciente tráfico por el sector. Nos presentamos y luego decidimos comprar una docena de empanadas que fuimos a disfrutar a la sombra del parrón, convencidos que sería la excusa perfecta para entablar una conversación con los propietarios.

Don Sergio se esmeró en atendernos y no titubeó en traernos una botella de vino de su cosecha, ingrediente perfecto para acompañar las deliciosas empanadas caseras. Mientras charlábamos nos confesó que ha vivido desde niño en el sector “La Calle” y su casa, como muchas que se ubican a orillas de la ruta del oro (o del polvo), ofrece todo tipo de productos del campo: empanadas, tortillas, miel, frutillas, huevos de

campo, cebollas para escabeche, harina tostada y también un buen pipeño como el que estábamos degustando.

Cuando le comentamos acerca del oro de Quilacoya, no tardó en señalarnos que algunos amigos acostumbraban a lavar las arenas en los riachuelos durante el verano, pero reconoce que no es una actividad muy rentable, pues de otro modo habría mucha más gente dedicada a ese oficio. Recuerda que cuando aún era pequeño tuvo un tío que se dedicó a sacar oro durante mucho tiempo, pero no tiene la certeza de la cantidad que logró extraer. De lo que sí estaba seguro es que se gastó todo en sus vicios, hasta que se murió. Don Sergio nos comentó que en aquel entonces existían muchas creencias entre los buscadores de oro, y una de las que más le llamó la atención era que las personas que se dedicaban a sacar ese metal con mucha codicia estaban predestinados a tener mala suerte. Por eso su tío en aquel tiempo decidió pagarle a un mediero para que hiciera el trabajo por él, pero al poco tiempo se dio cuenta que le “estaban haciendo la muela”, es decir, que aquel hombre no le entregaba todo el oro que sacaba. Con los años aquel oficio quedó en el olvido.



Don Sergio Pérez y su esposa sacando las empanadas del horno de barro. Todos sus ingredientes provienen del mismo campo, incluyendo el grueso “pipeño” que las acompañará en la mesa.

Luego de una larga sobremesa nos despedimos de don Sergio y su señora, agradeciendo esa hospitalidad tan propia de los campos de antaño, pero que con el correr del tiempo se ha ido perdiendo en la medida que los habitantes de las zonas rurales se insertan cada vez en un mundo caracterizado por la globalización. Continuamos nuestro viaje hacia el río Quilacoya, algo animados por el vino con que habíamos acompañado nuestra comida. Ahora el camino descendía violentamente por entre los cerros cubiertos de bosques buscando las angostas terra-

zas que en ciertos trechos amenazaban con derrumbarse. Unos cuantos senderos secundarios se repartían hacia el sur y sureste en dirección a localidades rurales como Ateuco, Vegas de Diuca y Santo Domingo. Algunos letreros empolvados indicaban los caminos a seguir para llegar a antiguos pueblos que sobrellevan una rica historia, como lo son Rere y Talcamávida y que más adelante tendremos la oportunidad de visitar por cuanto son parte importante de la ruta del oro.

De pronto el paisaje se abre y aparecen en toda su magnificencia algunas cumbres elevadas de la Cordillera de la Costa como el Cerro de la Cruz y el Cerro Alto, a los pies de los cuales fluye mansamente el río Quilacoya. Como estábamos en período estival, el caudal era sencillo y en ocasiones bastaba dar un salto para cubrir ambas orillas. Sin embargo, durante la época de lluvias se vuelve caudaloso e imposible de cruzar ni siquiera a caballo. Esta inagotable fiereza le ha permitido durante siglos arrancar y arrastrar a lo largo de su cauce las ricas arenas auríferas existentes en su curso superior, las que se han ido acumulando a una profundidad cada vez mayor, en la medida que se aproxima a tributar sus aguas al gran Biobío.

Detuvimos el vehículo a orillas del río, justo a los pies de un paisaje dominado por los cerros de La Cruz y el Cerro alto. El primero de ellos debe tal vez su nombre a la cruz que habrían encontrado los amigos de Vicuña Mackenna cuando visitaron los lavaderos de don Pedro de Valdivia a fines del s. XIX, y en el cual, según la tradición popular, estaría enterrado el tesoro del gobernador. Estas señales nos indicaban que estábamos cerca del lugar donde hace más de cinco siglos don Pedro de Valdivia tuvo uno de los yacimientos de oro más importante del reino de Chile y que, al decir de los cronistas, no sólo lo convirtieron en “señor”, sino que también lo condujeron irremediamente a la muerte.

De pronto, en la lejanía del camino, vimos aparecer la figura de un anciano campesino que se esmeraba en arrear una docena de vacunos junto a una cuadrilla de perros. Cuando estuvo cerca nos saludó con amabilidad como si nos hubiese conocido de toda la vida. Sin duda esa es una de las cualidades más apreciadas de la vida en el campo: la cercanía en las relaciones personales. Correspondimos el saludo y nos acercamos con el fin de entablar una conversación, la que al igual que las aguas del cercano arroyo, comenzó a fluir de inmediato con

esa sabiduría que sólo tienen los relatos de estos viejos campesinos. El hombre era don José Orellana, nacido y criado en el lugar por más de 75 años. Dedicado al trabajo de sus tierras y al cuidado de sus animales, su vida ha estado marcada por incontables historias llenas de misterio. Sus abuelos le habían contado acerca de los entierros que había en el Cerro de la Cruz y que estaban resguardados por extraños animales llamados culebrones.



Don José Orellana ha pasado sus 75 años de vida en Chillancito, junto al estero de Quilacoya. Vive a un costado de la ruta del oro. Cuenta que mucha gente ha ido en busca del tesoro de don Pedro de Valdivia, el que estaría enterrado en el cerro de La Cruz, pero hasta el momento nadie lo ha encontrado.

Cuando joven fue con unos amigos en la búsqueda de uno de estos tesoros que supuestamente estaba en la cumbre, pero la oscuridad de la noche y los extraños ruidos que empezaron a escuchar cuando estaban excavando terminaron por asustarlos. Él cree que el tesoro terminó por “correrse” de lugar en el preciso momento que estaban pronto a descubrirlo y por eso no pudieron encontrarlo.

Don José ha visto pasar innumerables buscadores de oro a lo largo de su vida, pero ninguno ha regresado con algún tesoro entre sus manos. Tal vez tengan temor de contarlos o simplemente la codicia los aleja cada vez más de lo que andan buscando. Al escuchar sus pausadas palabras nos damos cuenta que el verdadero tesoro que uno podría encontrar en estas tierras es tener una vida sana y vivir muchos años acompañado de sus fieles perros, sin que nada les falte, pues todo se lo da la tierra.

En nuestro equipaje llevábamos una chaya artesanal hecha de álamo que nos había facilitado un amigo antes de partir de Hualqui. Nos ubicamos a un costado del río y comenzamos a sacar arena con una pala. Sabíamos que mientras más profundo excaváramos tendríamos más posibilidades de sacar algo de oro. Don José nos miraba, despreocupado ya de sus animales que habían optado por beber un poco de agua y ramonear las largas trenzas de los sauces. Sus cuatro perros lo escoltaban con la fidelidad que sólo ellos saben dar. Por alguna razón nos observaba con cierta incredulidad, no obstante haber reconocido que cuando joven también había sacado un poco de oro del río, pero comprendimos que a su edad la riqueza poco importaba.

Después de unos minutos de trabajo habíamos hecho un socavón lo suficientemente profundo como para iniciar el lavado de las arenas. Depositamos el material en la chaya y de inmediato comenzamos a agitarla con la torpeza propia de un principiante. Nuestros ojos se mostraban cada vez más impacientes en la medida que iba quedando menos material que lavar. Como nos había indicado hacía veinte años atrás aquel buscador de oro que encontramos en el río Gomero, pronto fue quedando una fina capa de arena negra llamada fierrillo bajo la cual generalmente se escondían las diminutas pepitas de oro. De pronto, ante nuestros ojos advertimos una o dos pequeños puntos dorados que parecían escabullirse entre la arena y el agua. No cabía duda que ha-

bíamos logrado sacar oro, una tarea nada de difícil en aquellas tierras que durante milenios han guardado en sus entrañas grandes vetas del preciado metal, pero que producto de los agentes erosivos se encuentra tan diseminado que resulta muy difícil hacer rentable su extracción. No obstante el ínfimo valor comercial de aquel hallazgo, nos sentíamos felices de haber logrado sacar aquellas diminutas pepitas. Don José nos miraba con un dejo de nostalgia desde lo alto de un padrón, tal vez recordando esos años mozos en que también probó suerte sobre las arenas del río Quilacoya con la esperanza de convertirse algún día en un hombre rico. Alzó sus manos en señal de despedida y luego siguió su camino arreando como todas las tardes sus animales hacia su humilde hogar. Sin duda aquellas cosas sencillas constituían su verdadero tesoro.

Durante algunos minutos revisamos el lugar convencidos que debido al poco tiempo que funcionaron los lavaderos en la conquista, los cambios naturales producidos después de casi cinco siglos y la imprecisión de los datos aportados por los cronistas, resultaba casi imposible encontrar algún vestigio material de aquella época tan aciaga. Sólo nos quedaban las múltiples historias acerca de míticos entierros de oro y un paisaje que llamaba a la contemplación. Después de refrescarnos y comer algo, continuamos el viaje siguiendo la huella de un camino que corría paralelo al río. Un par de kilómetros más adelante, un viejo letrero nos indicaba que el pueblo de Quilacoya estaba próximo.

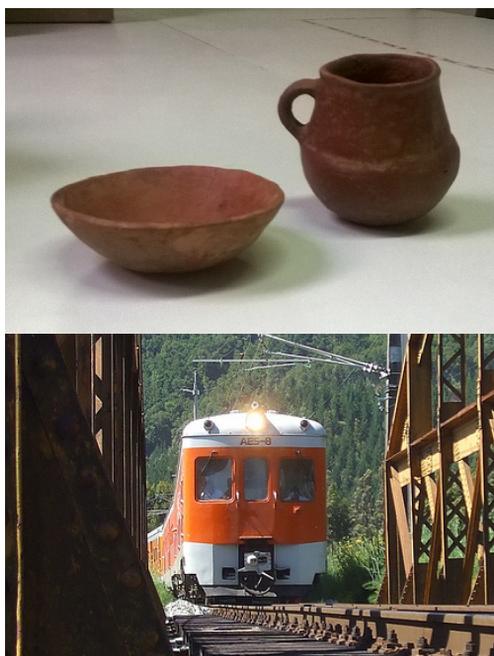
EL PUEBLO DE QUILACOYA

La historia del pintoresco pueblo de Quilacoya, situado a orillas del estero homónimo y muy cerca del Biobío, está ligado a la ruta del oro sólo por el nombre. Su origen no tiene relación alguna con aquella riqueza que buscaban afanosamente los primeros conquistadores, sino más bien fue el resultado de la llegada del ferrocarril a través de la construcción del ramal San Rosendo- Talcahuano hacia 1874.

Al momento de la llegada de los incas y los españoles en los siglos XV y XVI respectivamente, el lugar estaba habitado por los indios “Quilacoys” quienes vivían dispersos en el valle. Durante los primeros años de la conquista ofrecieron una férrea resistencia al invasor español, motivada principalmente por los trabajos forzados a que fueron sometidos para extraer el oro en el curso superior del río. Durante los siglos co-

loniales la población indígena y española dio lugar a un proceso natural de mestizaje, pero el asentamiento continuó siendo disperso y dedicado a labores agrícolas y ganaderas de menor importancia. Tal vez esta condición impidió la fundación de una villa por parte de las autoridades españolas. Sólo en las postrimerías del siglo XIX el establecimiento de una estación ferroviaria favoreció el aglutinamiento espontáneo de los lugareños, lo que dio lugar a un pequeño caserío que hoy ostenta un moderado crecimiento.

Su gente, sencilla y cálida, continúa dedicándose a labores agrícolas de subsistencia, complementándola con la actividad forestal, conservando el aire de pueblerinos en un ambiente que invita al descanso y en donde las leyendas del oro son un testimonio de tiempos mejores.



Cerámica indígena perteneciente al complejo arqueológico El Vergel (1.300 d.C.) encontrada en Quilacoya en 2010 durante las excavaciones del agua potable (Gentileza Sr. Marco Sánchez, director Museo de Historia de Concepción).

Convertido en uno de los pocos ramales que aún continúa operativo en el país el “Corto del Laja” cruza el puente sobre el río Quilacoya bajo el cual durante siglos corrió agua, sangre y por supuesto, oro.

EL ORO DE QUILACOYA DESPUÉS DE LA MUERTE DE VALDIVIA

La muerte del gobernador hacia 1553 y el abandono de la ciudad de Concepción interrumpirán por un tiempo el trabajo en los lavaderos de Quilacoya. Dos años después de estos sucesos, el rey de España le comunicaba al gobernador de Chile, don Jerónimo de Alderete, sobre los beneficios de reabrir las minas de oro y cuidar que todo lo que se sacase fuese fundido en presencia de un representante para garantizar el envío que le correspondía a la corona española. Incluso sugería el envío de esclavos negros para el trabajo de las minas. Esta insistencia del rey obedecía a las deudas que tenía contraídas y que era necesario saldar. Sin embargo, el constante estado de guerra en que vivía la zona de la frontera hará inviable la extracción regular de esta riqueza. A pesar de todo, años más tarde el gobernador García Hurtado de Mendoza, informado de la riqueza que allí había y luego de visitar la ciudad de Concepción se preocupó de reiniciar los trabajos en Quilacoya: “y hallando a los indios mandó los echasen a las minas nombrando a Pedro de Leiva como capitán de las minas de Quilacoya donde los dichos indios sacaban cantidad de oro y donde Su Majestad tuvo muchos quintos, mediante el cuidado y solicitud de dicho capitán Pedro de Leiva durante el tiempo que en ellas estuvo” (CHCh, tomo XV, pág. 415).

A juzgar por la escasez de información posterior, el trabajo que hizo este capitán de las minas fue breve, pues prontamente resolvió radicarse en la ciudad de Los Confines (Angol) donde era vecino. Sólo a fines del siglo XVI, especialmente en la última década, encontramos algunas referencias acerca de la labor minera. Hacia 1583 el gobernador Alonso de Sotomayor, en su afán por consolidar la conquista en la frontera del Biobío, señalaba que *“Las minas de los términos de Chillán y Concepción son pobres y no se saca cosa de mucha consideración y cada día van a menos, lo mismo que los indios. Con la paz tendrán alguna mejora”*. (Parecer del gob. Alonso de Sotomayor sobre las minas de Chile hacia 1583, CHCh, tomo 3, p. 230).

No cabe duda que los indios no tenían ningún interés en extraer oro por cuanto lo asociaban a la explotación de su trabajo personal y al aprovechamiento que hacían de ello los conquistadores. Es muy elocuente lo que manifestaban en ese entonces algunos mulatos que vivían entre los indios de la zona, quienes señalaban que “...con grandísimo

cuidado y recato esconden los dichos indios las minas de oro o plata que tienen y si algún indio haya algún oro le mandan que calle y es entre ellos muy general el silencio de ello y así no lo saben, pero es cosa notoria que en Quilacoya, Relomo y Viderregua hay muchos mineros de oro...” (Ob. Cit. CHCh, tomo 4 pág. 390)

Esta situación determinó que el gobernador Martín García Oñez de Loyola intentara llegar a acuerdos con los indios de paz de Quilacoya y sus contornos. “El 26 de sept. de 1593, tuvo un parlamento que duró 2 días con los caciques y recuas de guerra, naturales y comarcanos de este asiento de Quilacoya, quienes resolvieron dar la paz y obediencia a Su Majestad y al gobernador, y entre algunas condiciones se estableció lo siguiente: Que las minas de oro que tienen en su tierra no se les mande labrar a ellos hasta asegurar esta provincia de los indios de guerra. Que la labor de las minas la hagan al presente los indios de paz y que ellos por ahora no labren sino partan sus rescates, porque están ocupados en hacer sus casas y sementeras y darán sus mitas ordinarias.” (Ob. Cit., CHCh, tomo 4, pág. 378). Participan de este parlamento los caciques Cateande, Lienande, Foroande, Panguipillán, Animangué, Hupalcheugue, Fermoin, Manquetur, Payleleco entre otros.

Al año siguiente del Parlamento de Quilacoya, el capitán Hernando Vallejo señalaba “... que ha estado dos meses con su cuadrilla de indios en el asiento de las minas de Quilacoya sacando oro y que han estado y están con mucha seguridad, quietud y paz, ... y los indios mismos van a todas partes a catear y buscar oro solos y sin guardia alguna y nunca han tenido inquietud alguna ni sospecha ni recelo de ello...” (Ob. Cit. CHCh, tomo 4, pág. 451).

Sin embargo, como todos los parlamentos realizados durante la conquista, los acuerdos eran muy vulnerables y pronto se rompían dando lugar a la reanudación del conflicto. No obstante la aparente quietud demostrada por los indios de Quilacoya en esos años, ni el propio gobernador ni los conquistadores sospechaban que tras aquella actitud sumisa de los naturales se estaba fraguando lentamente, al igual que en tiempos del gobernador Pedro de Valdivia, una gran insurrección. Prontamente se vieron los primeros atisbos de rebelión a lo largo de la frontera del Biobío, los que se extenderán a toda la zona de la Araucanía. Producto de esta segunda gran sublevación serán abandonadas

todas las ciudades y fuertes construidos al sur del Biobío a lo largo del siglo XVI, y el mismo gobernador Oñez de Loyola, al igual que Valdivia en 1553, encontrará la muerte en el desastre de Curalaba hacia 1598.

Terminaba así el primer siglo de la conquista, período en el cual la ambición por pacificar la extensa zona de la Araucanía y sacar de sus entrañas la esquivia riqueza aurífera, se verán enfrentados a la tenacidad de una raza "...que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida" (Alonso de Ercilla, *La Araucana*, canto 1). El ancho Biobío se transformaba en la frontera natural entre ambos pueblos, y la riqueza del oro nuevamente quedará dormida por algún tiempo a la espera de una nueva pacificación de los espíritus.

Años más tarde y al amparo del sosiego de que disfrutará la zona de la frontera, nuevos yacimientos aparecerán en zonas cercanas a Quilacoya, como lo son Talcamávida y muy especialmente Buena Esperanza de Rere, dando lugar a un renacimiento de la actividad aurífera que se prolongará hasta bien entrado el siglo XIX.

Muchos años después, a comienzos del s. XIX, precisamente en 1818 y en plena lucha por la independencia, el joven norteamericano J. F. Coffin describe su estadía en una hacienda de Hualqui y el interés por saber de estos antiguos lavaderos, a los cuales confunde con plata: "Al llegar aquí, uno de mis primeros cuidados fue indagar lo relativo a las minas y si había alguna en las inmediaciones, habiendo sabido con pena que, aunque existen muchas, sólo se trabaja ahora una, y eso parcialmente. Es de plata y se halla situada en Calicoa (Quilacoya), lugarejo que dista cuatro leguas de Gualqui. Hemos estado a visitarla considerando la fama que han alcanzado por su riqueza. Lo único que se ve es un pozo en las faldas del cerro rodeado de montones de piedras de color gris...sólo se hallaban trabajando seis u ocho peones, habiéndose ocultado los demás por temor a que los reclutasen para soldados. Unas cuantas palas, barretas, picos y taladros de construcción primitiva constituían las herramientas del establecimiento" (p. 96).

Algunos años después, en el verano de 1845, el naturalista polaco Ignacio Domeyko recorre la zona, dando cuenta de la riqueza aurífera existente, aun cuando no especifica si los lavaderos estaban todavía en funcionamiento. He aquí las impresiones que dejó sobre el lugar:

“En esta parte existen los más antiguos lavaderos de oro explotados en tiempos de Valdivia, y aquí mismo se contornea el ancho y majestuoso Biobío para dar vuelta hacia el poniente engalanado con una vegetación lujosa y amena. En esta parte se halla Rere con su campana de oro, Gualqui, Florida y un sinnúmero de pequeñas propiedades, que no por ser pequeñas dejan de agradar como si fueran moradas de ostentosa opulencia” (Ignacio Domeyko, p. 14).

Finalmente, a fines del siglo XIX encontramos las notas dejadas por los amigos de Vicuña Mackenna en su viaje a Quilacoya en búsqueda de algunos indicios de los lavaderos y cuyas descripciones ya hemos citado en las páginas anteriores. Vale la pena recordar las impresiones dejados por estos viajeros hacia 1879: “Existen todavía los fosos del fuerte de Valdivia y los perales que circundaban el castillo. Existe también el rasgo de un canal que sacaron sobre los cerros. Y... existe aún una cruz sobre la tumba de alguno de los compañeros del conquistador, conservada por los moradores de aquella comarca con respetuoso cuidado” (Benjamín Vicuña Mackenna, pp. 101-102).

Desde aquel entonces y a lo largo de todo el siglo XX la explotación de las arenas auríferas del río Quilacoya, como también de la mayoría de los esteros que tributan en el curso inferior del Biobío, será una tarea asumida sólo por algunos lugareños que de manera intermitente combinarán sus labores agrícolas con la extracción del preciado metal. No obstante la lejanía de aquellos gloriosos tiempos en que las vetas brotaban con abundancia, el oro sigue siendo un símbolo de identidad de una zona caracterizada por su historia y tradiciones.

CAMINO A LA MONTAÑA DEL TRUENO

Dejamos el pequeño poblado de Quilacoya y los históricos lavaderos de oro situados en los parajes interiores para seguir bordeando la ribera norte del Biobío a través de una sinuosa ruta que conduce a las localidades de Unihue y Talcamávida. La primera de ellas es un caserío relativamente nuevo y fue un asentamiento indígena en tiempos de la conquista, quedando como rezago de aquello el significado del nombre del lugar que en mapudungún se traduce como “lugar de camarones”. Tal denominación se ajusta perfectamente a las características domi-

nantes del paisaje y la abundancia de llanos y vegas que en época de invierno se inundan, creando el ambiente propicio para el desarrollo de estos sabrosos crustáceos. Su origen, al igual que el poblado de Quila-coya, se remonta al trazado del ferrocarril hacia 1874, lo que permitió aglutinar a las familias campesinas dispersas dando lugar al actual villorrio. Su gente se dedica principalmente a la agricultura y la actividad forestal, y no existe una gran conexión con la extracción de oro. No obstante, algunos relatos dan cuenta de un tiempo de mayor grandeza como ocurre con el tesoro de El Llano.



La antigua estación ferroviaria de Unihue con sus techos cubiertos de herrumbre dan testimonio del paso del tiempo y de la soledad en una zona aún alejada del bullicio de las grandes ciudades. Hoy ha sido reemplazada por un moderno edificio.

EL TESORO DEL LLANO

Hace muchos años en Unihue vivían unos monjes que habían acumulado muchas riquezas. Se decía que tenían diez cofres repletos de oro y plata. Un día, no se sabe por qué motivo, huyeron repentinamente al otro lado del río Biobío, es decir a Santa Juana. Sin embargo, debido al peso, en el bote sólo podían llevar la mitad de la carga. Entonces decidieron enterrar los otros cofres en una extensa explanada junto al río llamada El Llano: tres de plata y dos llenos de oro. Desde entonces mucha gente se ha aventurado en busca de este inmenso tesoro, pero al parecer aún no ha sido encontrado, pues los Tué-tué o brujos de la noche se encargan de desorientar a quienes andan en su búsqueda. Cuentan que una vez un hombre estaba cerca del tesoro, pero los brujos

lo desorientaron tanto que fue a dar a la orilla del Biobío en medio de una densa niebla. Entonces vio pasar un misterioso barco que apenas se iluminaba entre la bruma. Fue tanto su miedo que huyó del lugar hasta encontrar el camino de regreso y nunca más volvió a buscar aquel tesoro.

A escasos kilómetros de Unihue nos encontramos con pequeñas localidades y sectores cuyos nombres nos evocan bellas palabras indígenas. Es el caso de Chanco cuyo significado es “brazo de agua”, y Curiñancu que se traduce como “águila negra”. Un poco más allá, siguiendo la empolvada ruta llegamos por fin a la villa de Talcamávida, la segunda urbe de la comuna después de Hualqui, voz mapuche que significa “Montaña del Trueno” (Tralca. trueno/ Mahuida: montaña) y a cuyo costado poniente se ubica una hermosa laguna llamada “Rayencura” (flores entre las piedras) que según los lugareños esconde una hermosa leyenda. El origen del poblado se remonta a mucho antes de la llegada de los españoles pues fue asentamiento de los indios llamados “Antileo”, quienes se ubicaron a orillas del Biobío. El hallazgo de piedras horadadas y restos de cerámica, como asimismo la profusa toponimia indígena dan testimonio de ello.



Piedras horadadas pertenecientes a los indios de Talcamávida y que fueron encontradas a orillas del Biobío.
Colección privada del Sr. Depolinares Altamirano Soto.

Afortunadamente contábamos con un gran aliado en Talcamávida: don Depolinales Altamirano Soto, un viejo historiador autodidacta que después de trabajar durante años en la Empresa de Correos y Telégrafos de Chile, se ha dedicado por muchos años a investigar sobre la historia del pueblo y de la zona. La presencia de personajes como don Depolinales, más conocido como “Don Polo” es una constante en cada uno de los pueblos de la antigua frontera del Biobío. Acaso es el resultado de la necesidad de sentirse parte de una historia local que ha pasado desapercibida en la historiografía chilena relegándola a un segundo lugar en aras de los grandes procesos que han conformado la nación. Don Polo, como otros tantos “tesoros humanos vivos” de la zona, están llamados a impulsar cada vez con más fuerza la preservación de estas historias locales con el fin de rescatar la memoria y conservarla para las futuras generaciones.



Depolinales Altamirano Soto, más conocido como don Polo, es un amante de la historia de Talcamávida. Su casa es un verdadero museo donde guarda una interesante colección de antigüedades. Una de ellas es esta antigua chaya destinada a sacar oro en los riachuelos de la zona.

Don Polo sabe mucho de la historia de Talcamávida, a tal punto que su modesta casa se ha convertido en un verdadero museo que de vez en cuando recibe a turistas y personas interesadas por saber de la historia del pueblo y conocer los diversos objetos que ha logrado coleccionar. Viejas ollas, teteras, planchas, lámparas, libros y documentos antiguos, mapas, cerámica, piedras horadadas, armas, herramientas, fotografías, fósiles, piedras petrificadas y una serie de otros objetos muy antiguos forman parte de su colección privada que inició desde muy joven.

Tan interesante como su colección es su conocimiento de la historia de la antigua villa de Talcamávida, la que iremos conociendo a través de su narración y la visita a los diversos sitios representativos del glorioso pasado que la caracterizó y su vinculación con la riqueza del oro.

Habíamos llegado a Talcamávida cuando la tarde caía sobre las famosas serranías de Catiray, ubicadas al otro lado del Biobío y a cuyos pies se levanta la bella ciudad y el antiguo fuerte de Santa Juana de Guadalcazar. Don Polo nos recibió muy amable en su casa y de inmediato comenzó a fluir su inagotable interés por dar a conocer la historia del pueblo, como asimismo de cada uno de las antigüedades que conforman su museo privado.

Nos señala que uno de los objetos más preciados es un viejo documento original, enviado y firmado por el Presidente Manuel Bulnes al párroco de Talcamávida en 1842, como asimismo archivos eclesiásticos originales del año 1792. Además, cuenta con distintas colecciones que ha atesorado en sus largos años como historiador tales como estribos, lámparas, planchas, candelabros, santos y vírgenes talladas en madera, monedas, radios, llaves, armas, fósiles etc. Cada uno de estos objetos posee un valor particular y don Polo no vacila en contarnos la historia que encierra cada uno de ellos.

Nos alojamos en casa de unos amigos y al día siguiente, muy de madrugada, nos dirigimos donde don Polo para iniciar el prometedor recorrido por los lugares de mayor importancia patrimonial. El primer sitio que visitamos fue la hermosa laguna “Rayencura”, de cuya leyenda se puede explicar el origen del nombre “Talcamávida” como también la forma cómo se originó este cuerpo de agua.



Parte de la riquísima colección privada de don Depolín Altamirano Soto, en Talcamávida.

Planchas - Antiguas Teteras - Sopletes de cobre- Secador de tinta- Estribo - Lámpara minera - Co-

pón de misa- Candelabro de bronce - Tronco petrificado a la entrada de la casa museo de don Polo - Tintero y pluma - Aparato de telégrafo que se usó en Talcamávida hasta la década de 1970 - Hoja petrificada - Cristo de madera - Pisapapeles - Máquina de coser.

LA LEYENDA DE LAS LAGUNAS DE TALCAMÁVIDA Y SANTA JUANA

Reposando a un costado del pueblo se encuentra este refrescante cuerpo de agua cuyo nombre, “Rayencura”, significa “flor entre piedras”. Lo interesante es que a poca distancia de allí y cruzando el Biobío, se encuentra una laguna similar: la de Santa Juana, llamada “Rayenantu” (flor asoleada). Una antigua leyenda, relatada por don Polo nos señala el origen de estos bellos ojos de agua:

Ella da cuenta que antes de la llegada de los españoles las tribus de Talcamávida y Catiray (hoy Santa Juana) eran enemigas. Un bello romance entre los hijos de los caciques de ambas parcialidades parecía que iba a poner fin a esa rivalidad. La hija menor del cacique de Talcamávida era pretendida por el hijo mayor del jefe indio de Santa Juana. Considerando el gran amor que se profesaban, las respectivas familias decidieron celebrar una reunión con el fin de convenir los regalos que daría el joven al padre de la niña. Sin embargo, el día en que se realizó el “cahuín” o la fiesta para celebrar el esperado matrimonio, el cacique de Talcamávida no quedó conforme con los regalos dados por el pretendiente de su hija por estimarlos de poca monta. Así, y por causas ajenas al amor de los dos muchachos, ambas familias volvieron a enemistarse.

Y como si eso hubiera sido poco, un hijo del cacique Huilquilemu (bosque de zorzales), hoy el pueblo de Rere, sabiendo lo ocurrido, se presentó ante el cacique de Talcamávida ofreciendo una enorme cantidad de obsequios por la joven araucana. La proposición fue aceptada y se preparó la fiesta.

Al caer la tarde de un lluvioso día de invierno se hizo la ceremonia del matrimonio ante una enorme asistencia. Luego se dio inicio a la fiesta con abundancia de licores, especialmente el “mudai” o chicha de maíz. Al acercarse la medianoche y luego de cruzar sigilosamente el gran Biobío en sus frágiles embarcaciones, se presentaron los indios de Santa Juana resueltos a tomar venganza del desaire recibido. Los del festín emprendieron la retirada hacia el monte cercano mientras los indios de Santa Juana se apoderaban de la joven india. De inmediato emprendieron la huida hacia el río perseguidos por sus adversarios. Mientras sucedía lo que decimos, se desencadenó una tempestad nunca antes vista, con truenos, relámpagos y viento huracanado.



Detalle mural “Historia de Talcamávida” de Kemel Nasr, 2015.

Los combatientes llegaron a las orillas del Biobío, el cual iba muy caudaloso. Allí se dio la última y más trágica batalla. Unos pugnaban el borde del mismo río por tomar las embarcaciones y los otros por impedirlo. El desastre fue completo: asidos los unos de los otros y siempre peleando, iban cayendo al profundo río y pereciendo ahogados mientras relámpagos, truenos, lluvia y viento hacían más terrible y tenebrosa aquella noche.

Al amanecer del otro día se vio la cruenta realidad: casi nadie de los dos bandos había salvado con vida. El desastre fue total y pavoroso. Sucumbieron los tres caciques, sus hijos y los mejores mocetones, además de los dos jóvenes pretendientes y la muchacha disputada.

Corrió la fama de lo acontecido por todos los contornos, se hizo célebre el caso y se transmitió de generación en generación. El cerro recibió desde entonces la denominación que se extendió a todo el lugar: “Talcamahuica”, es decir, “Montaña del Trueno”, nombre que hasta hoy conserva.

Al día siguiente de aquella trágica noche se dice que aparecieron en Santa Juana y Talcamávida las dos lagunas gemelas que hoy en día son un gran atractivo para la zona. La leyenda afirma que se formó con el llanto de las almas de aquellos que perecieron esa noche fatal y por el estremecimiento que sufrió la tierra en aquella tempestad infernal de truenos, relámpagos, lluvia y viento, que más que tempestad pareció acabo de mundo. Otra versión señala que se formaron al nacer una vertientes, justo en el lugar donde fueron enterrados los dos jóvenes enamorados.

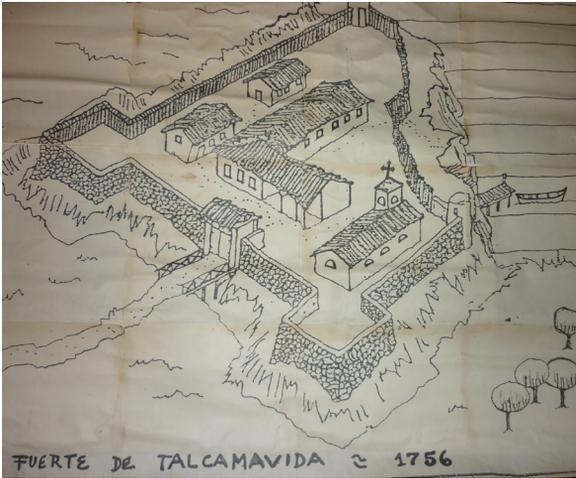


Las lagunas “Rayencura” y “Rayenantu”, situadas en Talcamávida y Santa Juana, se entrelazan a través de una hermosa leyenda.

TALCAMÁVIDA Y SU ÉPOCA DORADA

Situada en un pequeño valle a orillas del gran Biobío, este pintoresco poblado tuvo su origen, según los relatos y los documentos señalados por don Polo, en un pequeño fortín construido por don García Hurtado de Mendoza hacia 1560, poco tiempo después de la muerte de don Pedro de Valdivia. Los constantes ataques indígenas lo destruyeron en reiteradas ocasiones, haciendo muy difícil el asentamiento español. A pesar de las condiciones naturales del valle y el río, el cual alcanza un ancho de casi 2 kilómetros en este lugar, fue usado por los conquistadores como “vado” o lugar de cruce de sus tropas en la época estival debido a su escaso caudal. En tanto en invierno era común el uso de balsas con el fin de trasladar los caballos y enseres, tráfico que se hizo más intenso a partir del siglo XVII, con la fortificación de la frontera del Biobío iniciada por el gobernador Alonso de Ribera.

Con don Polo visitamos el lugar en que se asentó el fuerte de Talcamávida a orillas del Biobío y que estuvo operativo hasta bien entrado el s. XVIII.



Plano del fuerte de Talcamávida hacia 1756. A la derecha, vista del sitio donde se estableció el fuerte del cual sólo subsisten los fosos que se aprecian en primera línea.

El vado o paso de Talcamávida fue utilizado por los conquistadores para cruzar la antigua frontera del Biobío. En diciembre de 1553 don Pedro de Valdivia pasó por este lugar, procedente de las minas de oro de Quilacoya para ir en auxilio del fuerte de Tucapel, donde encontró la muerte. Al frente se pueden divisar las montañas de Catiray, al pie de las cuales se encuentra la ciudad y el fuerte de Santa Juana de Guadalcazar, edificado hacia 1626 y cuyos restos aún se conservan.

La estrecha relación entre Talcamávida y Santa Juana no sólo se limita a la leyenda de sus hermosas lagunas, ni a la existencia de dos fuertes españoles que podían comunicarse por señales entre una y otra orilla del río, sino que también estuvieron unidos desde el siglo XIX por el ferrocarril. Durante décadas, según nos relata don Polo, Santa Juana fue una ciudad que vivió prácticamente aislada de Concepción y de la zona norte del país a causa del gran obstáculo que significaba el río Biobío. En ese entonces el camino a San Pedro y Concepción era una simple ruta rural, que frecuentemente se interrumpía a causa de las lluvias y derrumbes. Por tal razón, a fines del siglo XIX fue adquiriendo importancia el contacto con Talcamávida debido al ferrocarril. Comienzan entonces a surcar el río una serie de botes y lanchones de poco calado para conectar diariamente ambas localidades a lo largo de todo el año con el fin de transportar pasajeros, correspondencia y diversas mercaderías. Con la construcción del camino pavimentado hacia Concep-

ción en la década de 1980 y la cada vez menor frecuencia de trenes, el oficio de “botero” y las distintas embarcaciones fueron lentamente desapareciendo. Hoy en día sólo de vez en cuando uno que otro pequeño bote surca las aguas del Biobío trayendo al cura de Santa Juana para la misa dominical.



Imágenes del cruce del Biobío desde Talcamávida a Santa Juana, a mediados del s. XX.
Gentileza, Depolinales Altamirano Soto.

El pasado ferroviario de Talcamávida, como parte del ramal San Rosendo-Talcahuano, aún conserva algunas construcciones que hablan de un tiempo de grandeza. Junto con la estación, construida hacia 1963 gracias a la cooperación de la Alianza para el Progreso, destaca el puente sobre la vía férrea que fue diseñado a comienzos del siglo XX siguiendo el modelo del arco romano. A pesar del intenso tráfico que ha debido soportar durante décadas, su estructura se ha mantenido casi incólume, transformándose en un hito del patrimonio histórico de la villa de Talcamávida.



La estación de Talcamávida en la década de 1970, cuando aún el servicio ferroviario conectaba a diario Concepción con Santiago a través del famoso tren “Mil” o “Japonés”. A la derecha, el puente sobre la vía férrea a la entrada del pueblo, una obra de ingeniería que forma parte del patrimonio histórico del pueblo.
Gentileza, Depolinares Altamirano Soto.

Si bien Talcamávida no nos presentó elementos importantes que se relacionaran directamente con la extracción de oro, no es menos cierto que a lo largo de su historia jugó un rol fundamental como punto estratégico para asegurar la frontera del Biobío. El fortín instalado allí debía proteger la actividad aurífera de los sectores cercanos y estaba conectado con el fuerte de Santa Juana de Guadalcazar a través de pequeños barcos y balsas. Lamentablemente, esta fortaleza está emplazada en una propiedad particular y, como es la tónica en muchos sitios patrimoniales de la zona, no existen iniciativas de organismos públicos o privados destinadas a proteger el lugar y los escasos restos que aún quedan. De todos modos, la localidad nos mostró un riquísimo patrimonio que abarca elementos de los tiempos prehispánicos hasta nuestros días, el que principalmente está representado por diversos objetos históricos que han sido encontrados por particulares o conservados por los descendientes de las antiguas familias fundadoras de la villa.

Al término del día y luego de visitar y conocer la historia de cada uno de los principales sitios patrimoniales de Talcamávida guiados por don Polo, nos aprestamos a seguir viaje hacia uno de los pueblos con mayor historia de la zona y que, al decir de algunos, es un lugar donde el tiempo parece haberse detenido. El pueblo en cuestión era Rere, una antigua villa cuyo significado original proviene del mapudungun: Pájaro carpintero.



La presencia de antiguas casonas de adobe es un testimonio de la historia de Talcamávida. En nuestro deambular por las calles del pueblo nos encontramos con el vendedor de cochayuyos, uno de los pocos oficios que aún perduran. La creencia popular señala que cuando uno de estos vendedores aparece por el pueblo es señal de que al día siguiente lloverá.

BUENA ESPERANZA DE RERE EN LA RUTA DEL ORO

Dejamos la Montaña del Trueno (Talcamávida) y la hospitalidad de don Polo para adentrarnos en los cerros que nos conducen por un agreste camino al histórico pueblo de Rere, distante unos 21 kilómetros hacia el noreste. A mitad del recorrido, en el sector llamado Santo Domingo, nos encontramos con el río Gomero, un pequeño caudal que tiene fama de arrastrar ricas arenas auríferas y que habíamos conocido dos décadas atrás.

Fue precisamente allí donde comenzamos nuestra aventura por descubrir la ruta del oro en la zona de la frontera del Biobío. Hace algunos años se estableció en aquel lugar un plan aurífero que dio buenos frutos. Actualmente, los lugareños siguen extrayendo el oro a lo largo de todo el río del mismo modo como lo hacían los indígenas siglos atrás. Hicimos el intento de sacar un par de piritas con buenos resultados. Comprobamos que cualquier persona puede sacar oro de aquel río. Sin embargo, es tan fino que necesitaríamos un par de días para sacar sólo un gramo, el cual se puede vender en diversas joyerías de Concepción.

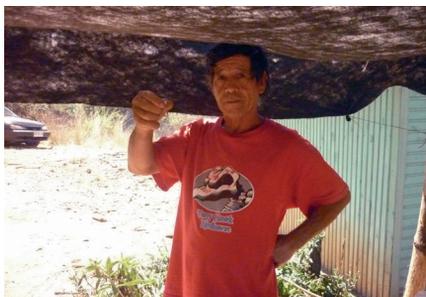


A orillas de la ruta del oro, en una explanada que sirve de patio a lo que otrora fue la escuela rural de Santo Domingo, se secan lentamente los “orejones” de manzanas y peras destinados a alimentar los cerdos. La fabricación de esta fruta deshidratada es una vieja tradición que se ha ido perdiendo en los campos. En tiempos pasados incluso se fabricaban para consumo humano en época de invierno.

Una pausa en el camino nos permite ensayar el lavado de las arenas del río Gomero en busca de oro, el cual aparece rápidamente en el fondo de nuestras chayas como diminutos puntos dorados que nos hacen soñar con una lejana fortuna.

A sólo metros del camino que une Talcamávida con Rere, y a unos cuantos pasos del río Gomero nos encontramos con una rústica casa de materiales ligeros. Al adentrarnos para conversar con sus moradores nos encontramos con don Eduardo Salas, y su esposa quienes viven allí desde hace algunos años cuidando un predio particular. Cada verano recorren el río Gomero con sus dos chayas (de madera y latón) buscando el esquivo y preciado metal que les pueda hacer la vida más llevadera. Es una familia oriunda de Hualqui que alterna el oficio de campesinos con el de buscador de oro. Es el sacrificio que deben hacer para sobrevivir. Nos cuenta que comenzó a sacar oro en el río Millahue en la década de los ochenta, aprovechando el “Plan aurífero” que implementó el gobierno de ese entonces para paliar el gran desempleo que había. Los ubicaron en un campamento cerca del río, les dieron las

herramientas y les pagaban tres mil pesos al mes, el equivalente al PEM (Programa de Empleo Mínimo) que creó el gobierno militar, en tanto que el oro que sacaban podían venderlo en las joyerías de Concepción. A veces había gente de los pueblos cercanos que les compraban el oro haciendo de intermediarios.



Don Eduardo y su esposa viven actualmente en un pequeño rancho a orillas del río Gomero. Durante el verano se transforma en un centro de operaciones para su sacrificada labor de buscar oro con el fin de ganarse la vida. Para ello utilizan dos chayas y guardan en un pequeño frasco los preciados gramos de metal que sacaron en los últimos días. La hernia que aqueja a don Eduardo le hacen pensar que su oficio como buscador de oro tiene sus días contados.

Don Eduardo sostiene en sus manos la rejilla que utiliza en la canoa y en cuyas celdas queda atrapado el oro. Sobre la mesa se observa una chaya, una balanza para medir los gramos antes de venderlo, un plato de metal y un imán para separar el oro de la arena o fierrillo. Debido al peso, la canoa o batea la deja escondida a orillas del río. Las herramientas son las mismas que utilizaron hace siglos los antiguos conquistadores en su afán por lavar las arenas de los pequeños esteros y riachuelos que cada invierno aumentan su caudal, depositando sus pepitas en lo profundo de su lecho.

“Un día estaba sacando oro en Santo Domingo con mis hermanos. Ellos se adelantaron río arriba para chayar y encontrar mejores lugares para lavar el oro. Yo me quedé con otro muchacho y luego decidimos seguirlos, pero nos alcanzó la noche y tuvimos que dormir en nuestra carpa de nylon. Estábamos durmiendo cuando de pronto escuché ruidos en el río. Me levanté y al salir de la carpa me encuentro con un señor muy viejo de barba blanca que andaba con un bastón. Hablamos un buen rato sobre el oro que había en el río y se notaba que el anciano sabía mucho del tema. Luego siguió su camino y yo volví a dormir. Al día siguiente alcanzamos a nuestros hermanos río arriba y les conté lo sucedido. Mi hermano mayor me dijo que ese caballero había muerto hace tiempo, y era muy conocido en el sector, y que ahora acostumbraba a aparecer como fantasma.” (Versión de Christopher Padilla, de la localidad de Hualqui).

RERE, EL PUEBLO DONDE EL TIEMPO SE HA DETENIDO

Dejamos la modesta casa de don Eduardo Salas, situada a orillas del río Gomero y reanudamos viaje hacia Rere, remontándonos por un camino que se hace más angosto y sinuoso. La vegetación es menos abundante y a medida que avanzamos se van abriendo las suaves lomas dejando entrever entre sus pliegues al legendario pueblo de Rere. La tierra ha cambiado de semblante volviéndose más blanca y en ocasiones con un leve tono rosado. Las cárcavas son más frecuentes y forman pequeñas serranías que se envuelven en ralos manchones de vegetación, principalmente mutillas, una pequeña y dulce baya que los campesinos utilizan para hacer el “enmutillado”, un licor que se obtiene después de un prolongado reposo de esta aromática baya en aguardiente.



Como decía mi padre, Rere es el “Macondo” de Chile, ese pueblo mágico y misterioso en el cual el tiempo parece transcurrir a otro ritmo (si es que transcurre). Calles viejas y endurecidas por el paso de tantas vidas, centenarias casonas sostenidas por el polvo y la humedad acumuladas durante siglos, rejas oxidadas y adobes recalentados por el sosiego de cada verano. Son descripciones que hablan por sí solas. Hay algo en Rere que sencillamente no se puede explicar. Sólo se puede sentir.

Al transitar por las primeras calles del pueblo se tiene la sensación de que uno regresa en el tiempo, precisamente a esa época de esplendor que se extendió hasta fines del siglo XIX. Hoy sólo quedan los vestigios de esa grandeza casi olvidada aferrándose a los muros de adobe y las tejas enrojecidas con que se visten las antiguas casonas del pueblo.

Fundado como estancia agrícola hace más de 400 años, este antiguo pueblo jugó un rol fundamental en el proceso de pacificación de la zona fronteriza del Biobío durante los siglos coloniales, razón por la cual se estableció como fuerte español con el fin de proteger las sementeras y acoger las eventuales retiradas de los puestos fronterizos ubicados más al sur. Además, se constituyó en una de las principales misiones que establecieron los jesuitas en Chile, adquiriendo el rango de colegio.

Por su tranquilidad y posición estratégica era escogido por los Gobernadores españoles para establecerse durante algún tiempo. Debido al auge del trigo y la explotación del oro, sumado a la creciente población, la que según los censos coloniales era mayor a la de Concepción, adquirió administrativamente el rango de Partido, cuyos límites llegaban hasta la cordillera de los Andes. Este auge permitió que Rere contara con un banco privado, que incluso llegó a emitir billetes. Asimismo, el impulso de los jesuitas permitió dejar una de las reliquias más

apreciadas por la gente y que sin duda constituye hoy en día una de las maravillas del mundo colonial español: la hermosa campana de oro, tan fascinante en tamaño y tañido como lo son las innumerables leyendas que la rodean.

LA LEYENDA DE LA CAMPANA DE ORO

El glorioso pasado religioso del pueblo de Rere no sólo se ha nutrido de hombres ejemplares y hechos notables sino también de obras que por su esplendor constituyen verdaderas maravillas del arte. Si tuviéramos que buscar las siete maravillas de Chile, sin duda que su famosa campana de oro estaría en un lugar privilegiado. Construida en 1721 por los misioneros jesuitas, constituye hoy en día la reliquia más preciada del pueblo, la que junto a su leyenda le otorgan un valor incalculable. No se sabe a ciencia cierta cómo y dónde fue construida. Lo más probable es que fuera en el mismo pueblo y aprovechando los conocimientos que tenían los jesuitas sobre el particular. Grabado en su parte exterior se lee la siguiente leyenda: “Nuestra Sra. de la Buena Esperanza, en tiempos del Señor Visitador y Cura Don Miguel González Dionisio Rico de Ruedas me fecit (me hizo) año 1720”



La campana de oro de Rere es considerada la reliquia más valiosa del pueblo y posee un maravilloso sonido. Según la leyenda fue construida junto a otras dos campanas más pequeñas, en 1721, con donativos reales y joyas donadas por los vecinos.

Con más de cuarenta yuntas de buyes fue imposible sacar la campana de la villa. Sin embargo, para regresarla sólo bastó una. (Detalle mural “Historia de Rere, de Eugenio Brito, 1981).

Campanario construido en 1927 para albergar la legendaria campana de oro de Rere.



La leyenda cuenta que fue hecha con donativos reales y las joyas de oro, plata, cobre, bronce y otros metales que donaron los vecinos, cuyo peso llegó a ser de 1.200 kilos y su sonido resultó tan impresionante que puede escucharse a varios kilómetros a la redonda. Estas maravillosas cualidades provocaron la ambición de las autoridades eclesiásticas de Concepción quienes, a instancia de los frailes de Yumbel, intentaron llevársela en más de una ocasión. Algunas versiones señalan que su destino sería el campanario de la iglesia de San Sebastián, santo que en ese entonces ya atraía a miles de peregrinos. Otros señalan que la intención era llevársela a la catedral de Concepción. Como quiera que sea, lo más interesante de esta historia fue su traslado.

Por su enorme tamaño y peso se dispuso de un par de yuntas de bueyes. Sin embargo, y debido a alguna fuerza misteriosa, a medida que los fornidos bueyes avanzaban la campana se volvía más pesada. Fue necesario conseguir otra yunta, y otra y otra, hasta alcanzar según las versiones más de 40, pero ni aun así pudieron sacarla del pueblo. Hubo que dar vuelta y regresarla a su legítimo lugar. Desataron de inmediato las yuntas dejando solamente una y entonces, movidos tal vez por algún espíritu milagroso, la llevaron al trote y sin ningún esfuerzo hasta la iglesia del pueblo. Cuentan que los vecinos la recibieron con gran alegría y la regresaron de inmediato al campanario. Y allí permanece hasta el día de hoy, tan hermosa y formidable como lo ha sido siempre, sin que nadie se atreva a pensar siquiera en sacarla del pueblo nuevamente porque eso significaría llevarse el alma de Rere.



Un particular letrero a la entrada de Rere invita a los turistas a “saborear” la rica historia del pueblo.

RERE EN LA RUTA DEL ORO

La antigua villa de Rere siempre estuvo ligada a la explotación del oro, actividad que se combinó con las funciones agrícolas, militares y religiosas que le dieron identidad desde sus inicios. Una vez interrumpido el auge minero en los lavaderos de Quilacoya, la actividad aurífera se trasladó a los alrededores de Buena Esperanza de Rere. A comienzos del s. XVIII, precisamente en 1712, el explorador A. Frezier señalaba en su desembarco y estadía en Concepción que “en todos los alrededores de la ciudad (de Concepción) se encuentra oro, especialmente a doce leguas hacia el Este en un lugar llamado la Estancia del Rey (Rere) donde se extrae por medio del lavado pedazos de oro puro que en el lenguaje del país se llaman pepitas y se encuentran algunas de 8 y 10 marcos y de muy alta ley” (p. 54).

A mediados del mismo siglo en un informe del gobernador de Chile don Manuel de Amat y Juniet se señalaba que “... por medio de la villa (de Rere) corre un estero pequeño que le da buen beber, y se origina de la misma quebrada en cuyas arenas tienen los pobres fincado su alimento diurno, porque ocurren por la madrugada a lavarlas y sacar la cantidad de oro que les basta para el día... y todo el terreno es panadizo de oro y se saca de todos los arroyos. En tiempos pasados fue célebre una pepita que se halló en la hacienda de un minero nombrado Saturnino Matamala, la cual tenía la figura de un gallo pequeño.” (Manuel de Amat y Juniet, Informe al rey sobre la descripción física del Reino de Chile, p. 59).



Lavado del oro en los riachuelos de Rere. Al fondo, la campana regresando a su lugar llevada, según la leyenda, por una sola yunta de bueyes.

Detalle mural “Historia de Rere” de Eugenio Brito, Parroquia de Rere, 1981.

La famosa mina de don Saturnino Matamala aún perdura, como fiel testimonio de la época del oro en Rere. Se ubica en el sector de Las Minas y consta de una estrecha galería de aproximadamente 40 metros de largo, que se adentra en un cerro separándose en dos túneles interiores. A un costado, una segunda galería yace cubierta por escombros. Hasta hace algunos años aún se encontraban indicios de haber sido explotada en época reciente.



Registro fotográfico de nuestra visita a las minas de oro de Matamala, también conocidas como mina de Las Petacas. Según testimonios, fueron explotadas hasta el año 1934, no obstante existir indicios actuales de que aún se saca material del lugar.

Al interior de la mina la oscuridad y el silencio son la única compañía posible.

El hallazgo de una antorcha (a la izquierda) nos indica que no somos los únicos aventureros que han osado entrar en la mina. A la derecha, dos galerías se abren al final del socavón siguiendo las codiciadas vetas de oro.

El descubrimiento de don Saturnino Matamala hará entrar a Rere en la famosa Ruta del Oro, ruta que ya había comenzado a gestarse en el s. XV, con el descubrimiento por parte de los incas de los famosos la-

vaderos de oro de Quilacoya, que posteriormente serán explotados por don Pedro de Valdivia, en los inicios de la Conquista.

“A legua y media de Rere esta la quebrada llamada Colchagua, receptáculo de todas las corridas de los ricos minerales de Matamala y Rere al decir de aquellos habitantes, más ricos que los de Quilacoya” (Benjamín Vicuña Mackenna, p. 101-102).



La “Ruta del oro” no sólo enlaza antiguos pueblos y villorios como Rere, Yumbel y Río Claro sino también a pintorescos personajes que guardan una historia llena de sacrificios en torno a una vida siempre ligada al campo. A pesar de la timidez inicial, la información que nos entregaron fue de vital

importancia para enriquecer nuestro conocimiento del pasado aurífero de la zona. Gracias a ellos supimos de la existencia de otros yacimientos que existieron antaño, como las minas de caolín y cuarzo, que en un tiempo fueron explotadas para la floreciente industria de la loza y los cerámicos de la región.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX aún se mantenía una importante actividad aurífera en la zona de Rere. En el informe de don Juan Egaña al Real Tribunal de Minería, fechado en 1803 se señalaba que en aquel lugar “...se hallaban los famosos lavaderos de oro nombrados la Estancia del Rey, de donde se sacaron pedazos de oro puro...” (Juan Egaña, p. 217). En el mismo informe se indica más adelante la existencia de un gran número de lavaderos repartidos por todo el Partido de Rere, señalando los

propietarios de los mismos que en total sumaban 58 personas.

Asimismo, don Juan Egaña insistía en la necesidad de desarrollar aún más el trabajo en los lavaderos con el fin de volver al antiguo esplendor económico que caracterizó a Rere en los siglos precedentes. No obstante sus recomendaciones, la lucha por la independencia nacional interrumpirá temporalmente la explotación minera, la que volverá con nuevos bríos una vez consolidada la república en las primeras décadas del siglo XIX.

Como mudos testigos de aquellos remotos tiempos de esplendor, muchos lugareños continúan lavando las arenas de ríos y esteros en busca del oro con suerte desigual. Uno de ellos es don Luis Pincheira, tal vez la única huella viviente de lo que fue en algún tiempo el viejo cateador de los esteros y quebradas de la zona. En conversaciones con antiguos vecinos de Rere nos enteramos que es uno de los pocos buscadores de oro que aún continúan sacando el preciado metal de la misma forma como lo hicieron muchos años antes su abuelo Abraham y su madre Valeria. Los Pincheira han sido por más de un siglo una familia de mineros que logró avvicindarse hace años precisamente en el sector de “Las Minas”, un lugar en que antaño se sacó mucho oro.

Cual personaje de Macondo, con la piel curtida y la mirada algo extraviada, lo encontramos descansando sobre un viejo sillón en el patio de su casa. El peso de los años no le permite trabajar como antes, pero aún recuerda los tiempos en que se aventuraba por esteros y quebradas en busca de los mantos y vetas del preciado metal. Ahora ha llegado el momento de hacer otras cosas, como disfrutar de los sobrinos y nietos que cada verano, apenas salen de sus vacaciones, llegan a disfrutar de la libertad que les da el campo.



Sentado sobre un viejo sillón y afirmado en su antigua chaya que usó durante muchos años para sacar oro en quebradas y riachuelos, don Luis Pincheira mantiene su vista extraviada en los recuerdos. Hoy sus sobrinos y nietos juegan a buscar oro cada verano en el estero que corre cerca de su casa, en el sector de “Las Minas de Matamala” en Rere.



Don Luis Pincheira hacia 1983 cuando fue entrevistado por el diario “El Sur” de Concepción, para la realización de un reportaje sobre los viejos buscadores de oro en Rere, publicado en el suplemento *Escolaridades*. Don Luis decía en aquel entonces: “Si la suerte es buena, se puede obtener un gramo diario. Si la suerte es mejor se pueden obtener unas pepitas grandes. Cuando el año es seco hay menos oro, pues no ha corrido el agua que arrastra el metal de otros lugares”.

El sistema para sacar oro es simple y rudimentario, del mismo modo que se hacía en los siglos coloniales. Cada primavera visitan los esteros y quebradas que han arrastrado gran cantidad de material durante el invierno en busca de las arenas ricas en oro. Con una pala se cava lo más profundo posible hasta llegar a la circa, una capa de tierra verdosa donde ha quedado atrapado el metal. Se coloca la circa en la chaya, que es un plato de madera de álamo con una hendidura en el fondo y luego se lleva al agua para lavar esa arena. De haber oro, por muy pequeño que sean las pepitas, este se irá al fondo de la chaya debido a su mayor peso. El oro lo pesan en una balanza hechiza que puede medir diez, cinco y un gramo. Para contrapesar la balanza usan granos de trigo. Diez granos del cereal equivalen a un gramo de oro. Cuando era joven, don Luis trabajaba en invierno para aprovechar los chorrillos de agua que corrían por las quebradas y que pocos días más tarde ya estaban secos. Con el tiempo, el agua ha llegado a ser tan escasa como el oro.



Don Luis Pincheira pesando el oro en su rudimentaria balanza cuando era aún muy joven. Una décima más, una décima menos. Al final, el oro era vendido por unos cuantos pesos que tan luego se recibían, tan pronto desaparecían. (Foto diario “El Sur” de Concepción, 16 septiembre de 1983).

El oro que extraían los lugareños se vendía usualmente en Concepción y Santiago. Algunos intermediarios compraban la producción local, como es el caso de don José Moreno en Rere. Hoy en día ya ha dejado de adquirir el preciado metal, pero aún conserva como recuerdo pequeñas muestras como las que se señalan en las fotos. Al pesarlas, obtuvimos 46 gramos, una pequeña fortuna que al menos permite sobrevivir sin grandes sobresaltos.

“Nací en el fundo Las Toscas, ubicado entre Rere y Río Claro hacia 1940. Este fundo colindaba con unas minas de caolín. La vida giraba en torno al pueblo de Río Claro, donde llegaba el tren Nocturno desde Santiago. Entre las familias amigas estaba la del dueño de un negocio grande de abarrotes. Se decía que los campesinos llegaban allí a vender sus pepitas de oro que encontraban en los lavaderos”.
(Recuerdos de infancia de Silvia Bello Salazar, Concepción, 2011),

Actualmente no existen evidencias sobre una explotación aurífera de importancia en los parajes aledaños al antiguo pueblo de Rere, no obstante muchos particulares todavía se atreven cada verano a lavar las arenas de ríos y esteros con suerte desigual. Don Manuel Astete, vecino del sector de Tomentucó, afirma que muchos lugareños buscan las pepitas de oro a la salida del invierno entre las quebradas de la zona y sin más esfuerzo que recogerlas con sus manos. Incluso en el sector de Buenuraqui, voz indígena que significa “bandurrias en el cielo” y que es un pequeño y solitario paradero del viejo ramal que une San Rosendo con Talcahuano, un antiguo lugareño llamado Juanito Castillo, hoy fallecido, buscó por muchos años un tesoro que los jesuitas enterraron luego de ser expulsados de Chile hacia 1767. Lo salía a buscar en las noches de luna llena en un pequeño bosquecillo de árboles nativos que aún se conserva en el lugar.



En el sector de Las Minas”, cerca de Rere, la erosión ha hecho de las suyas arrastrando sin compasión las arenas, muchas de ellas cargadas con pepitas de oro.

Junto a la ruta del oro, una solitaria tumba descansa desde el año 1914. Las pestes de antaño obligaban a enterrar los cuerpos lejos de pueblo de Rere.



A orillas de la ruta del oro, en el sector de Los Chequenes y a sólo un kilómetro del pueblo de Rere, la Sra. Norma Montoya Jara ha preservado por generaciones los secretos de la artesanía en greda. Uno de sus grandes orgullos fue haber moldeado un copón de greda para el Papa Juan Pablo II en su visita a Chile en 1987.

EL BANCO DE RERE

La antigua grandeza del pueblo de Rere, basada en gran parte en la extracción de oro y en su agricultura, se verá reflejada en la formación de un banco privado hacia 1889. No obstante su corta existencia, fue el fiel reflejo de una época de gran esplendor que se había iniciado siglos antes y que ya a fines del siglo XIX mostraba sus primeros signos de decadencia. Sin embargo, Rere aún figuraba en ese entonces como un punto relevante en la minería del oro en Chile. Así lo apuntaba el historiador Pedro Lucio Cuadra en su obra *Apuntes sobre la geografía física y política de Chile*, escrita en 1886, al indicar sobre el particular que “más al sur tenemos los lavaderos de Millahue (Hualqui), Rere, Angol y Osorno, de tanta nombradía en los primeros años del coloniaje”(p. 157).

La creación de esta sociedad anónima denominada “Banco de Rere” se detalla en el Diario Oficial del 4 de abril de 1889: “En San Luis Gonzaga, Departamento de Rere, a 15 de enero de 1889 comparecieron los señores...(se mencionan unas 60 personas, la mayoría de ellos

agricultores de la zona) quienes reducen a escritura pública los estatutos con que se regirá la sociedad anónima denominada Banco de Rere... El capital social se fija en cien mil pesos, representado por mil acciones de cien pesos cada una...”. Por lo menos un centenar de personas se compromete en la compra de las acciones. La mayoría de ellos adquiere sólo una, pero hay excepciones como la del Sr. Juan José Martínez Luna y don José María Moreno Tejeda, que adquieren 150 acciones cada uno.

No obstante el interés que significó la constitución del banco y la entusiasta participación en la compra de las acciones, los estatutos definitivamente no fueron aprobados por el gobierno de Balmaceda. Sin embargo, los flamantes directores habían mandado a confeccionar los billetes a una casa inglesa, “Waterlow and Sons”, y cuando estos llegaron al país, el banco ya había desaparecido. El fracaso de esta iniciativa radica en la escasa credibilidad de que gozaban los billetes emitidos por bancos privados y las diversas irregularidades que presentaron.



Billete de veinte pesos del Banco de Rere. Fueron impresos en Londres, Inglaterra, y hoy constituyen una valiosa pieza de colección.

LOS PINCHEIRA ASALTAN EL BANCO DE RERE

Juan Carriel, un vecino de un pequeño caserío de Gomero, a orillas del Biobío, señala que su abuela, Zenobia Carriel Pincheira, era sobrina nieta de los famosos hermanos Pincheira que asolaron gran parte de la región en el siglo XIX. Ella nació y se crió en el sector de Tanabullín, cerca de Gomero. Cuando era niña, recuerda que los Pincheira

iban a robar ganado al norte y lo traían a Tanabullín para luego cruzar el Biobío y venderlo al sur, entre los indios.

Señala también que los Pincheira planearon robar el Banco de Rere convencidos de que la gente había depositado el oro que sacaban en los esteros de los contornos, pero lo que encontraron en sus bodegas fueron sólo géneros que la gente guardaba en el banco debido a su valor. Todo lo enterraron en Tanabullín. Un gitano que pasó por el lugar le dio el dato a mi abuela y encontraron la caja con las telas ya estropeadas.



Don Daniel Santelices es un hijo de Rere. En su restaurante “Casa Vieja” no sólo ofrece comida típica, sino también parte de la historia del pueblo. A lo largo de la “Ruta del oro” es usual encontrar antiguas casonas convertidas en restaurantes en cuyas paredes y repisas sus dueños exponen distintos objetos, que han conservado de sus abuelos o que han encontrado enterrados en distintos lugares. Son las famosas “casas-museos” que guardan en su interior la historia de los pueblos.

Las verdaderas vetas de oro de Rere están en su historia y su valioso patrimonio cultural. Al decir de uno de sus habitantes, el tiempo parece haberse detenido en el pueblo. Hay algo en Rere que no se puede explicar, sólo se puede sentir:

Hoy en día la ruta del oro sigue más viva que nunca, pero ella no sólo se sustenta en la búsqueda de placeres auríferos, sino también en las innumerables tradiciones que se conservan en cada uno de las localidades y pueblos en los que algún día pasaron indios y conquistadores en busca del preciado metal que los convirtiera en verdaderos señores. En cada uno de estos pueblos quedan buscadores de oro que de tanto en tanto escudriñan las arenas de los riachuelos, vendiendo lo producido en las joyerías del gran Concepción.



Viejo puente del año 1929 bajo el cual fluye el estero “Cachapoal”, que cruza el pueblo de Rere y en el cual hasta hace poco se extraía oro. La tradición cuenta que antiguamente era tal la abundancia del metal que muchas gallinas confundían las pepitas de oro con trigo o maíz y se las tragaban guardándolas en su buche.



Al igual que en Talcamávida, en Rere encontramos a un amante de la historia del pueblo: don Luis Bermedo. En su casa-museo reúne las antigüedades que ha podido recuperar durante su vida, tales como la rueda de carretilla que utilizaban los mineros del oro a comienzo del s. XX (foto inferior).



Imágenes antiguas, cántaros de greda, herramientas y viejos documentos de la historia de Rere se confunden en medio de las alcayotas, dulces y mermeladas caseras y por supuesto, la deliciosa miel que don Luis cosecha cada año en su campo cercano al pueblo.



Sus antepasados se dedicaron alguna vez a la explotación del oro en los riachuelos de la zona, pero a lo largo del tiempo las vetas se han ido agotando haciendo más difícil su extracción. Reconoce que todavía hoy algunos campesinos sacan oro para complementar sus ingresos, pero es un trabajo sólo para aventureros.

EL MUSEO DE RERE, UN PASEO POR LA ÉPOCA DORADA DEL PUEBLO

Don Luis Bermedo conoce bastante de la historia de Rere. Para profundizar sobre el tema nos invitó a recorrer el pueblo a través de las pocas calles polvorientas que van quedando. El “progreso” ha hecho que estas se vistan de adoquines como una forma de conservar de algún modo el espíritu de las viejas villas fundadas en la época colonial. Nos comenta que durante las excavaciones para instalar el alcantarillado se encontraron osamentas a un costado de la iglesia las que presumiblemente corresponderían a un famoso y milagroso sacerdote jesuita que estuvo en el colegio de la orden que existió en el pueblo a mediados del siglo XVIII. El padre se llamaba Pedro Mayoral, y a un costado de la iglesia se encuentra una placa de mármol que recuerda sus milagros entre los indios y españoles de aquellos tiempos. Para los rerinos es considerado un santo, e incluso se realiza una novena en su honor.

Junto a la iglesia existe una palma chilena de más de tres siglos de antigüedad, la que en su grueso tronco muestra profundas hendiduras que según la creencia popular corresponden a las heridas provocadas por las flechas y lanzas de los indios que atacaron en reiteradas ocasiones el pueblo a lo largo de su historia. Al llegar al museo nos sorprende encontrar que la estructura corresponde a una refaccionada “Casa de Socorro”, un edificio típico que se construyó a mediados del siglo XX y que fue la antecesora de las postas de salud actuales. Sin duda un acierto de las autoridades municipales de la comuna de Yumbel, territorio al cual pertenece Rere.

Según don Luis, el museo nos permite viajar a la época de oro del pueblo. Al entrar se respira de inmediato el aire de grandeza que caracterizó a esta zona durante siglos: elementos de la cultura mapuche hablan del pasado prehispánico del lugar; antiguas herramientas agrícolas dan testimonio de la fertilidad que tuvieron alguna vez estas tierras; antiguos libros y artefactos religiosos confirman el gran trabajo que los jesuitas realizaron en la misión y el colegio que durante siglos mantuvo la fe de españoles e indígenas. Fragmentos de armas españolas y mapuches nos conducen a los continuos ataques que debió enfrentar el fuerte español instalado en el lugar a comienzos del siglo XVII; viejos muebles y relojes dan fe de una época de mayor opulencia y donde las familias de

noble raigambre amasaron una fortuna a lo largo del siglo XIX, riqueza que se ve reflejada en la colección de monedas y billetes antiguos, el más importante, sin duda, el emitido por el “Banco de Rere”. Y, por último, una colección de chayas o bateas destinadas a sacar oro en la infinidad de esteros, que en aquel tiempo fluían con abundancia sobre las profundas quebradas cercanas al pueblo de Rere.



No cabía duda que Rere era un pueblo cuya historia estuvo moldeada por el oro. Su famosa campana junto a su leyenda, las herramientas utilizadas por los buscadores de fortuna existentes en las casas-museos y el hallazgo de antiguos mineros cuya memoria habla de tiempos mejores, son signos inequívocos de la existencia de una ruta patrimonial marcada por la riqueza aurífera.

De algún modo este famoso pueblo nos indicaba que habíamos llegado al final de esta aventura. Más allá de Rere, alejado de los suaves pliegues que caracterizan la cordillera de la Costa, los indicios acerca de la existencia de oro son escasos. Aparecen otros paisajes y otras historias que tarde o temprano alguien las develará con el fin de conformar nuevas rutas, ricas en personajes, en costumbres y en tradiciones

Convencidos de que merecíamos un descanso, nos quedamos aquella noche en Rere para contemplar las centenarias casonas de adobe, con el fin de sentir de algún modo la magia y el esplendor de un pueblo que, a pesar de los siglos, sigue manteniendo el encanto de las innumerables villas que fundaron los españoles a lo largo de la antigua frontera del Biobío.

Transitar por los polvorientos caminos de la ruta del oro es una aventura que nos lleva, inexorablemente, a la historia de la zona fronteriza del Biobío. Son los mismos senderos que cruzaron hace más de cinco siglos los incas peruanos y más tarde los conquistadores españoles en busca de nuevas tierras para engrandecer su imperio. A su paso dejaron la huella de su ambición en cada uno de estos caminos. El oro fue el horizonte que mantuvo sus esperanzas en una tierra hermosa pero a su vez agreste y belicosa. Esas esperanzas fueron mayores que las reales riquezas que encontraron, pero de algún modo les permitieron continuar con sus sueños de convertirse en grandes señores, aún a costa de la explotación de los indígenas y de los inmensos sacrificios por mantener un territorio que se oponía tenazmente a ser sometido.

Hoy en día el oro sigue fluyendo mansamente por la infinidad de riachuelos y esteros que atraviesan la zona de la frontera del Biobío y algunos lugareños continúan afanosamente luchando por extraerlo de sus entrañas. Es una tarea inagotable que de algún modo refleja la prolongación de aquellos remotos tiempos de conquista.

Sin embargo, existe otra riqueza que con el paso de los siglos se ha vuelto aún más valiosa que el mismo oro: es la historia de la antigua frontera del Biobío forjada por generaciones de hombres y mujeres con todo ese caudal de tradiciones, leyendas y costumbres que a lo largo de los años han ido conformando una ruta de gran valor patrimonial. Caminar por ella es un desafío ineludible que nos conduce al pasado y nos invita a valorar y proteger nuestra identidad cultural.

Frontera del Biobío, invierno de 2015.-

BIBLIOGRAFÍA

- Coffin, John F., *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile, 1817-1819*, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1898.
- Córdoba y Figueroa, Pedro de, *Historia de Chile 1492-1717*, Santiago, Colección de Biblioteca Nacional, 1862.
- Cuadra, Pedro Lucio, *Apuntes sobre la Geografía física I política de Chile*, Santiago, Imprenta Nacional, 1868.
- Diario El Sur, "Suplemento Escolaridades", 16 de septiembre de 1983.
- Domeyko, Ignacio, *Araucanía i sus habitantes*, Santiago, Imprenta Chilena, 1846.
- Durand, Luis, *Paisajes y gentes de Chile, 1947-1952*, Santiago, Zig-Zag, 1953.
- Egaña, Juan, *Minería y Metalurgia colonial en el Reyno de Chile. Una visión a través del informe de don Juan Egaña al Real tribunal de minería en 1803*, Santiago, Gastón Fernández Editor, 1803.
- Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, Editorial Santillana, 1976.
- Espinoza Olivares, Luis, *Leyendas y tradiciones de Hualqui*, I. Municipalidad de Hualqui, 1994.
- Frezier, Amadée, *Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile i el Perú durante los años 1712, 1713 i 1714*, Santiago, Imprenta Mejía, 1902.
- Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575*, Colección de Historiadores de Chile, Tomo II, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- Mariño de Lobera, Pedro, *Crónicas del Reino de Chile*, Colección de Historiadores de Chile, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865.
- Medina, José Toribio, *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, Tomo I, Santiago, 1956.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Madrid, Antonio de Sancha, 1788.
- Ovalle, Alonso de, *Historica relacion del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en la Compañía de Jesus*. Roma, 1646.
- Poeppig, Eduard, *Un testigo en la alborada de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1960.
- Ried, Aquinas, *Diario del viaje efectuado por el Doctor Aquinas Ried en 1847. De Valparaíso al Lago Llanquihue*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1920.
- Rosales, Diego de, *Historia general de el Reyno de Chile Flandes Indiano*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1878.
- Smith, Edmond Reuel, *Los Araucanos o Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1914.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *La edad de Oro en Chile*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1881.
- Vivar, Jerónimo de, *Crónica de los reinos de Chile*, Madrid, Santiago, Fondo Histórico José T. Medina, 1966.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

CARRETAS, CARROS DE SANGRE Y TRANVÍAS EN
CONCEPCIÓN: TRANSPORTE PÚBLICO ENTRE 1886 Y 1908

Gustavo Campos J.
Alejandro Mihovilovich G.
Marlene Fuentealba D.

CERÁMICA EN PENCO: INDUSTRIA Y SOCIEDAD 1888-1962
Boris Márquez Ochoa, 2ª ed.

CHILLÁN: LAS ARTES Y LOS DÍAS
Armando Cartes M., editor

GUÍA PATRIMONIAL CEMENTERIO GENERAL DE CONCEPCIÓN
Verona Loyola Orías, 2ª ed.

ESTUDIOS DE HISTORIA ECONÓMICA REGIONAL DEL BIOBÍO
Leonardo Mazzei de Grazia

ESTUDIOS SOBRE LA 'CAPITAL DEL SUR': CIUDAD Y SOCIEDAD
EN CONCEPCIÓN 1835-1930
Marco Antonio León L., 2ª ed.

LAS PIEZAS DEL OLVIDO
Cerámica Decorativa en Penco 1962-1995
Boris Márquez Ochoa

LOS CAZADORES DE MOCHA DICK
BALENEROS CHILENOS
Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCÉANO DE CHILE
Armando Cartes Montory

CARLOS OLIVER SCHNEIDER: NATURALISTA E HISTORIADOR
DE CONCEPCIÓN
Boris Márquez Ochoa

CLUB HÍPICO DE CONCEPCIÓN: HISTORIA Y TRADICIÓN
REGIONAL DESDE 1894
Miguel Ángel Estrada Friz
Cristián E. Medina Valverde

EL REGRESO DEL PRÓCER
DON JUAN MARTÍNEZ DE ROZAS EN LA CIUDAD DE CONCEPCIÓN
Armando Cartes M., editor

EL FUERTE LA PLANCHADA DE PENCO
ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y CONSTRUCTIVOS

Luciano Burgos Seguel
Eric Forcael Durán
Armando Cartes Montory

RERE, APUNTES PARA SU HISTORIA

Bernarda Umanzor Q.
Jaime Silva B.

EL MERCADO REGIONAL DE CONCEPCIÓN Y
SU ARTICULACIÓN AL MERCADO VIRREINAL Y MUNDIAL.

SIGLOXVII
Luis Inostroza Córdova

PASCUAL BINIMELIS Y CAMPOS. CONSTRUCTOR
DEL CONCEPCIÓN MODERNO, 1819-1890.

Boris Márquez Ochoa



Obra financiada por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2018

Ediciones del Archivo Histórico de Concepción tiene por misión promover el conocimiento de la historia y el patrimonio cultural del centro sur de Chile, mediante la publicación de trabajos y fuentes que contribuyan a su rescate y difusión.



Conocer y descubrir el pasado aurífero de Rere, Hualqui y Quilacoya, de la mano de un investigador que ha dedicado veinte años a recorrer los senderos de la historia, pero también los caminos de este territorio, es el contenido de este libro.

Con abundantes testimonios y bellas fotos, Luis Espinoza va reviviendo la historia y mostrando el origen de tradiciones y leyendas, que siguen enriqueciendo esta región, cuando el oro ya no alimenta las ambiciones de lugareños y visitantes.

